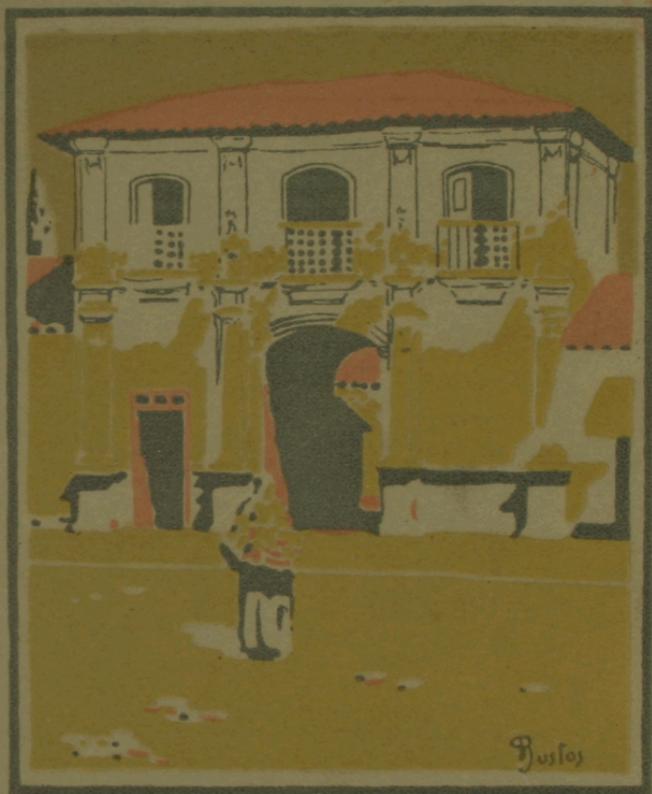


# REVISTA



## DE ARTES Y LETRAS

Año II.—N.º 2.

1.º de Marzo de 1918.

Casa Colonial, Avenida de la Recoleta, Santiago  
Gouache del Sr. Alfredo Bustos

Ediciones de ARTES Y LETRAS

# SUCESOS

---

Revista de actualidades  
de mayor circulación en Chile  
y la única que publica informaciones  
gráficas  
de los acontecimientos  
acaecidos durante la semana  
en toda la República.

DIRECTOR:

**A. SOTOMAYOR**

SANTIAGO

VALPARAISO

Galería Alessandri 24 - San Agustín 54

---

**Precio: 50 centavos**

## DIARIO INTIMO

16-VII-16.

Hay algunos que están aburridos de su mujer; no la pueden mirar; la contradicen por el placer de contradecirla, y ordenan a los sirvientes que no le obedezcan. Debe ser terrible, pero hay algo peor, porque de la mujer se puede huir; se puede uno ir a Buenos Aires o a Europa. En cambio, cuando uno está aburrido, hastiado, desesperado de sí mismo, cuando se ha estudiado la propia personalidad, y se ha llegado a conocerla como su dormitorio o su oficina, en sus menores detalles, en sus pequeños defectos, en sus miserables cualidades, cuando se ha llegado a prever los gestos que hará delante de tal cosa y las entonaciones de voz que tomará para hablar con cual persona, entonces, ya no hay remedio. El filósofo antiguo que aconsejó el *nosce te ipsum* como principio de sabiduría dijo la más funesta máxima de conducta y abrió una fuente de hastío que no cesa de manar nunca.

Creen algunos que no es posible conocerse a sí mismo. Error. El que se lo propone, lo consigue al fin, y le parece que ha tocado unas tras otras las cuatro murallas de una prisión, de la cual no podrá salir jamás, por más esfuerzos que haga, por más viajes que emprenda, por más libros extraños y deliciosos que lea. ¡Y qué confusión en medio de esa estrechez! Yo me observo, y me causa extrañeza observarme, y observar que me

puedo observar es otro motivo de asombro. ¿Quién, cuántos soy? Es como colocarse entre dos espejos: la imagen se repite al infinito, en un callejón igual, prolongado hasta lo invisible, hasta donde la vista no alcanza. Siempre la misma cara, poco a poco más borrosa, a medida que se aleja.

Salgo a la calle, triste, desesperado; y sé que a poco andar, esta tristeza, que al fin es un noble estado de ánimo, se me irá como una esencia que se difunde, y me quedará una satisfacción vulgar, un bienestar estúpido, sin un pensamiento, igual al cochero del punto. Cojo un libro y preveo que dentro de una hora mi capacidad imaginativa se habrá fatigado y no sentiré sus bellezas ni me cautivará su interés. ¿Qué hacer? Los árboles desnudos, la nieve en la cordillera, el cielo diáfano, con albas nubes contra el fondo azul...; hace muchos inviernos que veo lo mismo y sé que al término viene la primavera con sus brotes tiernos, sus pájaros al reclamo del nido, el aire tibio y la gente vestida de Dieciocho dirigiéndose a las carreras. La frase de Shakespeare: «La vida es tediosa como un cuento oído dos veces». Luego el verano con sus proyectos que no se realizan, o que se realizan y dejan la sensación de lo fracasado, de la cosa real, distinta a lo que soñábamos.

Ah! Cuando uno se conoce, descubre las más desoladoras verdades de la vida espiritual; se ve a sí mismo como un ciego atado a un carro que arrastra sin saber porqué, hacia no sabe dónde. ¿Por qué andar? Un espejismo, otro espejismo, otro espejismo. Así vamos engañados, sabiendo que estamos engañados, y sin embargo no nos detenemos. ¡Qué locura! Vemos a nuestro lado a los viejos, a nuestros padres que se acercaron rápidamente al sepulcro y murieron; a nuestros hermanos mayores que engruesan y se van cubriendo de arrugas antes que nosotros. ¡Y no aprendemos! Hace diez años, yo tenía quince; era un muchacho estúpido, que no sabía nada. He vivido diez años desde entonces; todo lo que soñaba lo he realizado; más aún, si me hubieran dicho: «vas a hacer esto y lo otro, con tal y cual resultado», habría respondido:

—Nó, es demasiado, sería una dicha excesiva... Y lo hecho, lo tengo ¿y? Aprieto la mano, interrogo a mi corazón: nada, na-

da. El mismo vacío y otros proyectos, otras esperanzas. Supongamos que las realice, que se cumpla cuanto deseo; supongamos que eso me satisfaga el corazón y diga:

—Soy feliz. No por eso dejaré de envejecer, de debilitarme, de enfermarme y morir por fin, tanto más angustiosamente cuanto más apego le tengo a la vida. ¿Y después? Los católicos dicen que hay un cielo, un purgatorio y un infierno, y que en el cielo se goza y se encuentra a los seres queridos. Bien; pero ¿queremos allá como aquí, amamos, conservamos nuestros ojos, nuestras manos, nuestros defectos? ¿Y la memoria, qué se hace la memoria, esa memoria del corazón que se agarra tan desesperadamente a los restos del pasado y vive de ellos? Supongamos que ese único ser que generalmente nos interesa en el mundo no se encuentre allí, sino en el infierno, por toda la eternidad: ¿lo querremos y sufriremos por su separación? Nó, puesto que no podemos sufrir. Entonces no seremos los mismos, porque nosotros no somos sino nuestros afectos, nuestros amores, nuestras pasiones. Y si no somos los mismos allá, entonces es que morimos de veras aquí. Sí, esa es la verdad: morimos todos y no hay otra vida. Lo que tenemos es este pedazo de tierra, este sol, este día breve y la noche poblada de astros y de rumores lejanos. Nada más. Pero soñamos con la inmortalidad, padecemos a la idea de este fin. ¿Por qué tenemos esta facultad de padecer, por qué, para qué? Yo no he pedido vivir; me han hecho, otros me han creado; y así como he venido sin mi consentimiento, he caminado sin mi voluntad, empujado; empujado por las manos del hambre, del honor, del respeto, del cariño de la obediencia. He ido, como todos, mezclado a la caravana. Pero no quiero andar más. No quiero ser responsable. Dios creó a Adán y Eva felices y justos; pero les puso *una trampita* para probarlos.

¡El Curioso Impertinente! Cayeron y un abismo de dolores se abrió bajo sus pies. Fábula estúpida, cruel e infantil. ¿Para qué Dios creó a esos seres? Y si los creó y cayeron, ¿por qué no les quitó la facultad de reproducirse? Y es omnipotente, justísimo, misericordiosísimo; debemos rezarle todos los días, llevarlo de alabanzas, amarlo con todas nuestras fuerzas. Nos crea

para azotarnos, nos engaña a cada paso que damos, nos enferma, nos arrebató a los seres queridos, nos deja solos, muertos de sed y con el agua a dos dedos de nuestros labios, sin permitirnos alcanzarla jamás. Pues elevémosle templos, gastemos las pocas fuerzas que nos deja en honrarlo, en ofrecerle oro e incienso, en postrarnos de rodillas donde ni siquiera está. ¡Qué estúpido y qué salvaje es todo eso! Y hay quienes renuncian a las pocas alegrías del mundo para ganarlo mejor, para servirlo mejor; y se sacrifican y se matan por Él... que ni siquiera existe, o que si existe, es el mayor criminal posible, el único criminal, puesto que ha creado y permite que vivan los criminales.

Ah! dicen los clérigos, Dios es tan misericordioso, que ha permitido la conversión de este bandido. ¿Sí? ¿Y no ha permitido también que sea bandido? ¿No lo ha dejado asesinar, robar, violar? ¿Y a cuantos otros no les permite convertirse, sino que los deja robando y les da palacios, fábricas, los hace senadores de la República y aún amigos del Presidente? Dios es tan sabio: no deja que el pecador se pierda... ¿Nó? ¿Y los suicidas? ¿Y los que mueren en duelo? No se sabe el destino que tendrán; los designios de Dios son inescrutables. Pues entonces, si son inescrutables, si cuando os véis estrechados por las preguntas, os refugiáis en ese cuarto oscuro del misterio, no vengáis a pretender que escuchemos vuestras tontas explicaciones.

Así no habría absurdo que no se pudiera justificar. El Dios Moloch, devorador de niños, puede encerrarse detrás de la misma valla, dar la misma respuesta: *sus designios inescrutables*. Y el ladrón, el asesino, el parricida... Nó, esa no es una explicación. Confesad que la sarcástica frase de Stendhal encierra una gran verdad: «Lo único que excusa a Dios es que no existe».

ALONE.

## EL TROVADOR DEL ARCHIPIÉLAGO

### SOL PÁLIDO

Primero asoma una blanquizca raya  
como una tilde horizontal, encima  
de las dunas más altas de la playa,  
y luego crece y su fulgor se anima.

En su breviario lírico una rima,  
como un canto nupcial, el mar ensaya  
y cuando a toda orquesta el mar estalla  
el tempranero sol surge en la cima.

Es un pálido sol, sol de topacio.  
Ríe el agua y la flor, y en el espacio  
intensamente azul, el viento cruza.

Y en el agua lustral, sin una tizne,  
bajo el pálido sol avanza un cisne  
e invocan los jilgueros a la musa.

### EL CASTILLO

Arriba, en la colina, se duermen los cañones  
que el rojo orín enfunda, a la lluvia y al sol.

Del castillo no quedan ni los viejos bastiones  
que alzó la mano heroica del abuelo español.

Vése desde la cima el gran mar tornasol,  
que florece de espuma en los toscos farellones.  
Vuelan los graves cuervos en rectas direcciones  
Y en la playa blanquea su casa el caracol.

En la tarde el mar crece, se distiende en la playa,  
y su canto nocturno tímidamente ensaya  
con su gran voz de bajo que parece implorar.

Y cuando ya la noche sus banderas despliega  
en su misma colina el castillo se eleva  
y voces castellanas se oyen alertear.

#### LA LLUVIA

En finas gotas cae de un cielo como un plomo,  
con una interminable tristeza funeral;  
y pesa el día obscuro y oprime tanto como  
si tuvieran las almas la angustia de un dogal.

No se oye ni un suspiro en el recio matorral.  
El mar, silente y grave, aplana el ancho lomo.  
El Morro allá distante, meditabundo y romo,  
con la lluvia aparece envuelto en un cendal.

Y cae, cae, cae tenaz la lluvia fina,  
y a veces se transforma en una espesa neblina  
que en su turbia blancura arrebujá todo Ancud.

Y entonce a la distancia, bajo su blanco velo,  
cada casa parece que estuviera de duelo,  
con toda la tristeza de algún blanco ataúd.

## SOLVEIG

### EL ABANDONO

*(Fragmentos de la segunda parte del libro  
SOLVEIG próximo a publicarse).*

...La puerta de la cabaña se abre hacia el camino entristecido. Dos claras pupilas azules interrogan el mutismo y vierten suave ternura sobre las remotas lejanías. La tarde tamiza su vieja tristeza y enfosquece poco a poco el inmóvil perfil de los árboles. Cuando las primeras estrellas tiemblan en lo más obscuro de la tarde, la dulce niña se recoge, transida de esperanzas, tras el vano aguardar, al interior de la choza y con ingenua dulzura se dispone a repasar la ristra de su perdido ensueño. Con leve palpitar «se duerme la alondra en su corazón», pero en cada nuevo día, el alba le sorprende cantando, gozosa otra vez porque de nuevo ha florecido su corazón.—¿Vendrá hoy? —se pregunta tímida y ferviente—¿le verán mis ojos, por el largo camino, venir hacia el amor de mis brazos?... En sus labios maduran las palabras aladas de la canción, revuelan sobre el dormido paisaje que decora la bíblica dulcedumbre de las cabras que pacen y se acojen después a la piadosa dulzura de su pecho.

Confío verte llegar algún día del año  
*para cumplirte cuanto te prometí*

.....  
*¡Dios guarde día y noche tu camino  
 Dios te guíe, Dios te bendiga!*

El manantial de su amor vierte copioso y límpido y riega la profunda tranquilidad de su esperanza. Sola en su cabaña, en medio del campo ¿qué otro anhelo sino el de esperar confiada y firme en las últimas palabras de Peer Gint, antes de partir: *volveré... espera.. ?*

Ni un solo mensaje, ni una sola palabra recibe ella en el correr del tiempo. Y no obstante lo escucha vivir tal que si alentara a su lado, La fe lo mantiene vivo en su corazón y la esperanza arde inagotable en el fondo de su alma. Ha de volver un día, no importa cuando ni a que hora. Ella espera el retorno en todos los minutos de su vida y el tiempo corre y corre sin cesar... La nieve comienza a espolvorear un blancor sagrado sobre su rubia cabellera. Una arruga misteriosa le finge un pliegue en los labios, junto a los ojos, en el mármol de su frente. Mas ella no advierte la huella del tiempo, ni repara en los estragos de los años.

*Todavía un otoño, un invierno además  
 una primavera, un estío aquí te aguardaré...*

canta en la ingenua emoción de su alma.

Tan conmovedora esperanza se ha nutrido en las raíces de su vida y persiste como en el primer día del abandono, sonriente y luminosa. De su alma emprenden el vuelo cada mañana bandadas de alondras, por rutas invisibles, hacia la curva torturada de esa vida lejana y hazañosa, que ella vigila, sin embargo, desde el dulce sosiego de su cabaña. La canción de su esperanza nunca ha dejado de latir en sus labios; nunca la expectación de la tierra dejó de sentirla vibrar armoniosa, sobre sus bellezas... Es como el fluir rumoroso de su espíritu que se traduce en palabras aladas, en frases de transparente pureza y de firme fidelidad;

*Ay! amigo mío, como tardas...*

.....  
*Aquí me tendrás, amor mío, siempre fiel.*

No ha conocido Solveig ese tedio de vivir en vano que hace áspera y desolada la vida. ¿Qué alma hubiese soportado la prueba cruel de una ausencia tan dilatada—de una vida entera—a que la ha condenado el egoísmo del conquistador de quimeras?...

Y sin embargo sólo para él maduran todos sus ensueños. Ha idealizado de tal manera el mundo, la tierra, la fiereza de la carne que todo lo creado no vive sino a condición de transformarse en lumbre para su corazón amante. Desaparece de su espíritu la imagen terrena y cruel del amor; los instintos tercos y angustiosos duermen un sueño milenario y oscuro y su carne viva y virginal parece macerada en la fragancia de los lirios. Intacta y pura, fiel y tierna, su imagen va más allá de las tristes fronteras de la realidad.

Su soledad se puebla de armonías porque viene serena y abrumada de fe. La inquietud del mundo desaparece; la vida se detiene vencida y todo irradia luz y amor. Y el tiempo pasa, corre la vida sin cesar; los círculos amplios que describe su esperanza en torno de su amor, envuelven todas las cosas cercanas, transfiguran el valor material de la tierra, encienden de vida plena lo infinitamente pequeño y humilde y aroman de santidad todo lo creado. En cada manifestación de la vida vive su amor, luminoso e inmortal: tiembla en la dulzura de las hojas nuevas; suspira en la brisa nocherniega, canta en el arroyo, brilla en el oro puro de las estrellas, circula en la savia proficua de los árboles, flota en la inmensa tristeza de la campiña y arde en la llama que alumbra sus viglias de amor...

.....  
Alguna vez el ritmo de su amor se detiene como fatigado en un área de sufrimiento y de misterioso pesar; se fijan inmóviles sus pupilas en un punto remoto, sus labios se apretan y lágrimas silenciosas ruedan sobre sus mejillas. Pero no bien las palabras últimas del amado resuenan en la profundidad de su pen-

samiento, sécanse las lágrimas, se abrillanta el claro cristal de sus pupilas y de sus labios marchitos fluye otra vez la canción.

Y entonces la agilidad renueva su esperanza, vuelve a la vida serena, se hincha de congojas su corazón, palpita como un ave y yendo hacia la puerta, tal que si la llamase la piedad lejana de pasos que se acercan, tiende su mirada por los caminos solitarios y se dispone a esperar. La noche le sorprende inmóvil en el umbral de la puerta, silenciosa y bella, envuelta en esa lumbre de divinidad que brota de las almas celestes y puras. Un candor de lirios parece vibrar en el aire. Suave y milagroso tiembla el oro de las estrellas y vuela de la tierra dormida ese sosiego y esa paz inmensas, que son como el suspiro de la eternidad...

.....

DOMINGO MELFI DEMARCO.

Talca, 1917.

## LA BOHEMIA EN EL ARTE

Bohemio, le dijeron cierta vez a Rubén Darío. Y él protestó al punto, diciendo: «Esa palabra es un insulto: los bohemios están hoy en las cárceles... o en los hospitales».

La verdad, Bohemio, en los tiempos actuales, es sinónimo de vagamundo. Engañar a una mujer, emborracharse a menudo, no pagarle al hotelero, llevar el vestido sucio... he aquí lo que entienden muchos por bohemia. Nada más distante del verdadero sentido de esa palabra. Venida de esa rara y hermosa tierra de la leyenda y la música, donde el lenguaje es como trinos de pájaros, ella evoca los románticos artistas, de luengos cabellos y trajes filosóficos, que con el violín o el manuscrito bajo el brazo, iban a Viena o a París, haciendo del Arte una religión y una locura. El dictado, a modo de apellido familiar, extendióse más tarde a cuantos con ellos tuvieron analogía. Henry Murger supo explorar, e hizo desfilar por las páginas de su libro las emocionantes escenas de esa vida, cuajada de risas y de lágrimas. Esas lágrimas y esas risas son, en el pentagrama de Puccini, vibraciones temblorosas, paisajes suplicantes, alegros de belleza máxima.

Cuando Rodolfo, el poeta, pide prestada la levita para poder asistir a una fiesta, cuando en hora de aguda crisis, acosados por el hambre, tienen que comerse el reloj (papel que desempeñaba un gallo) esas escenas provocan sonrisas de simpatía.

Quien crea obras de Arte tiene que cultivar su sensibilidad,

como se cultiva un jardín, y ya que en las cosas exteriores apenas se encuentran en bruto los elementos para esa obra, hay que ponerles sangre, nervio, voces, matices y modalidades que sólo viven en el ensueño. De ahí que el poeta, el pintor, el músico, acostumbrados a vivir en su mundo interior, hagan poco caso de la vida. Aman las partículas de belleza, ese polvo de oro esparcido por el mundo, aman con pasión esos puntos brillantes, y lo demás lo desprecian: no a la manera brutal de Diógenes, metido en su tonel, sino al estilo dulce y espiritual de Verlaine.

La vie est vaine:  
un peu d'haine  
un peu d'amour  
y puis, bon jour.

La vie est breve:  
un peu de rêve,  
un peu d'espoir,  
y puis, boin soir!

La única belleza está en lo pasajero. El relámpago, esa cuchillada de oro que rasga la noche, es hermoso porque es instantáneo. ¿Por qué besamos con fruición suprema, casi con angustia, una boca fragante y encendida, unas manos que nos hablan en siete idiomas, unos ojos claros y profundos? Porque sabemos que en breve estarán ajados y marchitos. Porque la juventud pronto se acabará; porque el Miércoles de Ceniza, ese viejo portero, regañón y bilioso, traerá la escoba; entrará bruscamente al salón de baile, ruidoso de máscaras, y dirá a los convidados: «Fuera, señores, que voy a barrer la casa»!

Ser rico ¿es poseer bienes materiales? La experiencia nos dice que las preocupaciones, desvelos, luchas, envidias, y, a menudo, las enfermedades aumentan en razón directa del dinero. Luego el único millonario, poseedor de alegría y quietud, es el pobre que sabe soñar. Sólo es rico quien nada tiene. La púrpura está en el andrajo del mendigo. Rockefeller, el rey del petróleo, tiene el estómago perdido, y sólo se alimenta con gotas de leche. Don Pepe Sierra, el potentado colombiano, es el es-

clavo de su propia fortuna: viste mal, no saborea una copa, no lee una obra de Arte, no ha fundado un colegio, y apenas si duerme, absorbido por la red complicada de los negocios.

Esa es la suerte del dinero, y otro tanto ocurre con el poder. Hoy, el último mujik no se cambiaría por Nicolás de Rusia. La sabiduría popular ha compendiado muchas doctrinas en la copla siguiente:

    Cuando pienso en los lores de Inglaterra  
    el alma se repite entristecida:  
    ¡Cómo será la vida  
    cuando los más felices de la tierra,  
    esos cuya riqueza y dicha admiro,  
    acaban siempre por pegarse un tiro!

La fortuna, por otra parte, se viene abajo con suma facilidad: una granizada sobre las cosechas, la crisis ministerial, una brusca fluctuación del cambio. Las riquezas espirituales no sufren quiebras. Los poseedores de millones, por lo común, son avaros odiosos, como el de Quevedo, que se acostaba de medio lado por no gastar las sábanas. Los ricos de la mente son generosos, pródigos, derrochadores.

Cristóforo Colombo, versificador, latinista, sabio, visionario trashumante, explicando su empresa soñada ante la imbecilidad de las cortes europeas, es el más acabado tipo del bohemio. Si él hubiese sido lo que ahora se apellida «hombre práctico», es decir, hombre que no ve más allá de sus narices, en vez de insistir en convencer a la humanidad de la existencia de la Atlántida, habría puesto una bodega, en donde se vendiesen bacinillas, cueros y alambre de púas.

La fisonomía de la Bohemia es alegre. No la alegría del rústico que rompe en risotadas ante las piruetas grotescas de un payaso, sino la risa fina y honda de quien sabe todos los aspectos de la farsa, conoce el secreto de los bastidores y ha entrado al camarín donde los payasos se embadurnan la cara. Esa es la risa de la inteligencia, cumbre donde la cual se ven diminutos hombres y objetos. Reir, es ver la vida en aeroplano. Rayo de sol que camina en la niebla, la alegría perfuma, ilumina

retoza, cascabelea, prende cintas de arco-iris en los nublados y viste de flores a los troncos caducos. Preconizada por los filósofos, alabada por los médicos, exaltada por los pintores y escultores, y más todavía: ordenada por la religión, porque «es pecado estar triste».

Conocí en Bogotá a un ruso, fotógrafo, que bien hubiera podido ser llamado «el fotógrafo de las sonrisas». Ese hombre sabía de estética y de anatomía. Ya sabemos que quien está en *pose* ante la máquina, pone *cara de retrato*. En tal estado de seriedad, la boca se halla sin expresión, caídas las mejillas, la barba inerte, fijos los ojos, como si estuvieran viendo un fantasma. Penetrado de esta convicción, el ruso, después de indicar al individuo la actitud conveniente, le decía, mirándole con sus ojos azules y movibles: «Está usted demasiado serio: ríase usted». Claro que esa sola advertencia bastaba para hacer reír. Pero a veces sucedía que el cliente era un sujeto de mal humor, así que, cuando el ruso decía: «ríase usted», el otro contestaba impaciente: «pero, señor, si no tengo ganas de reirme!» Entonces el diablo de ruso empezaba a conversarle al cliente en su media lengua, y hacía tal juego con sus ojos malignos y burlescos, que al fin se derretía el hielo y el hombre serio soltaba el trapo a reír. El fotógrafo corría entonces al aparato, y cuando la hilaridad, atenuada, flotaba en forma de sonrisa, cerraba el obturador. Con ese sistema hizo retratos admirables.

El reír sardónico indica fondo perverso: es la mueca corrosiva de Mefistófeles. El concepto agudo, que hace asomar a los labios regocijo de música, afirma superioridad mental. Del privilegio exclusivo que el ser humano tiene, nace la conocida definición: «el hombre es animal risible», bien que Cervantes, siempre jovial, comentaba y añadía, diciendo: «animal risible... y llorable».

Por lo demás, la risa es poderosa. En forma de epigrama, éste debe ser, según la receta famosa, pequeño, dulce y punzante, como la abeja. Y en ciertos casos, esa lírica abeja puede tener la eficacia de un torpedo disparado por un submarino alemán. Jorge Pombo y Soto-Borda han sido en Colombia, flor y nata de bohemia jovialidad. Ellos son liberales, y en la últi-

ma guerra civil, en 1899, una madrugada iban de tuna por barrios bajos de Bogotá, y el *Jefe de Día*, un señor Comandante, topó con ellos, y como no tenían *señal de campo*, se los llevó a *chirona*. Al siguiente día, cuando salieron del cuartel, quisieron tomar venganza. Buscando datos con las lenguas de las comadres, supieron que la esposa del militar, una víbora con faldas, rebelde a la autoridad marital, le armaba cada rato las de Dios es Cristo y lo ponía de oro y azul. Entonces publicaron en *El Rayo X* este chispazo:

Domina doña María  
al Comandante Larroche:  
por eso es jefe de día  
y subalterno de noche.

El emperador de la risa y dechado de la aristocrática bohemía es Su Majestad Miguel, primero y único, que muerto de hambre, como un perro, en medio del más canalla e injusto olvido de sus compatriotas, pocos días antes de morir escribió desde el lecho a su protector, Conde de Lemos, una bella y regocijada epístola que debería estar en la memoria de todos, para recitarla diariamente, junto con la oración matutina, como un tónico de la voluntad.

A. MARTÍNEZ Y MUTIS.

## PÓSTUMA

Hoy bajarás de nuevo, como un ave con alas  
de céfros, en sueños, hasta mi corazón;  
seda, amor y dulzura pondrás en mis pestañas,  
y anidará en mis húmedos párpados la emoción.

Tomaré con mis manos espiritualizadas  
tu rostro todo alma y azul, santa mujer,  
y mi noble inconsciencia auscultará el prodigio  
de esa bondad que en vida no supe comprender.

Te diré muchas cosas: todo aquello que en vida,  
por humana flaqueza te tuve que callar;  
me dirás muchas cosas, con voz de hoja al viento,  
de estrellas a la noche y de nubes al mar.

Abrirás con el alba tus alas de misterio,  
y en un halo de gloria saldrás de mi heredad:  
seda serás y bálsamo para mis días grises  
y en la paz de mis noches exquisita bondad.

ARMANDO CARRILLO RUEDAS.

De la Sra. Inés Echeverría de Larraín

## EL SUEÑO

O royaume illimité du Sommeil et  
du Rêve, serais tu le dessous du mon-  
de qui en contient les sources cachées?  
Serais tu l'envers de la trame brodée,  
derrière laquelle des puissances incon-  
nues, enmêlent les fils dont sont tissés  
les êtres et toutes les choses qui for-  
ment le tableau mouvant de ce vaste  
univers?

Todo duerme a mi alrededor, los seres y las cosas. Estamos en el fondo de un campo perdido en un lejano valle con difíciles comunicaciones hacia los centros poblados, ya que no civilizados. La ventana entreabierta comunica con el misterio exterior de la naturaleza dormida. Un silencio hondo, cortado, picado de vocecillas anónimas, grillos, sapos, ranas, parecen la respiración de la tierra adormecida. Aliento fresco, perfumado de aire puro, inunda las pequeñas estancias en que varias personas duermen. Se ha dicho que el sueño es hermano de la muerte, en todo caso es su imagen, su precursor y su aliado. El sueño y la vigilia forman el eterno ritmo de la vida, su noche y su vida, su aspiración y su exhalación, su verano y su invierno, su muerte y su vida. Toda la creación parece regida

por esta misma ley de actividad seguida de reposo. ¿Por qué no nos asusta este pavoroso misterio del sueño? La costumbre suprime la sorpresa que debiera causarnos esa muerte que sólo se diferencia de la otra en que no es definitiva. Si no fuera por la seguridad de despertar cada mañana, qué terror nos causaría esa inmovilidad, esa falta de conciencia, esa partida del alma a regiones inaccesibles, que en el fondo no es otra cosa el sueño. Quedamos viviendo como seres puramente materiales, nuestra alma nos abandona, parte o se repliega en un abismo que en todo caso es inaccesible a nuestra más profunda conciencia humana. Los seres dormidos debieran espantarnos como los muertos, porque carecen de lo único que amamos realmente en ellos: la transparencia o la irradiación del espíritu... Si los despertamos de improviso, su vuelta a la conciencia terrena que han abandonado, tiene algo de trágico, de sorpresivo, de alarmante. Nos miran espantados y no nos reconocen... parecen haber perdido la memoria humana... Una alcoba en que reposa una persona, tiene algo de tumba sagrada, mil veces más que aquella que guarda un despojo. Aquí está la envoltura de un espíritu aun vinculado por sutil lazo impalpable y que retornará de un momento a otro. Está muy lejos, es verdad; pero lejos en el mundo en que está suprimido el tiempo y el espacio, de modo que los viajes son larguísimos y, sin embargo, breves. Cuantas largas travesías hemos hecho para llegar a otros continentes! Sin embargo, a estas regiones remotas que son los planos invisibles llegamos en el espacio de una caída de párpados... esos telones que cierran el acto del mundo terreno para hacernos asistir a otros dramas más interesantes y de los cuales éstos que vemos con nuestros ojos son el pálido e incompleto reflejo... Me ha producido siempre un terror de cementerio en la noche, la respiración de las personajes que duermen cerca de mí, las palabras incoherentes que pronuncian, trozos de diálogos que sostienen con personajes invisibles, los suspiros, los gritos de pesadilla, los ademanes desesperados para tocar tierra humana, y escapar a los enemigos formidables de las sombras. Siempre el sueño de los otros, cuando estoy en mi cabal conciencia, me produce un estremecimiento, como ante

el secreto pavoroso de un abismo. ¿De donde vienen esos seres que han tenido la garganta anudada y que han hecho esfuerzos desesperados para encontrar su voz, el movimiento de sus músculos, la quietud de su conciencia en el plano familiar? La excavación de una tumba egipcia con los tenebrosos secretos de una civilización remota y más fuerte que la nuestra, no me produciría la especie de escalofrío, que me da la voz cambiada y la dicción extraña de esas palabras ininteligibles que pronuncian en el sueño las personas más íntimas y ligadas a mi. En ese instante me parece pasar por la terrible metamorfosis de esos seres de las pesadillas que tan pronto son una persona como son otra, la misma, pero diferente. ¿Y qué decir del terror profundo que nos producen los girones de ciertas pesadillas transportadas a la conciencia humana? Figuras de una plasticidad más real que la que vemos en el mundo; y tan distintos, sin embargo! La vida que vivimos con ellos, tan nuestra, tan personal, pero tan aparte de la vida terrena! Esas comunicaciones han tenido una realidad tan viva, que al despertarnos, todas nuestras realidades de este lado nos parecen ilusorias en su comparación. Y esos seres del sueño no nos sorprenden; nos son, por el contrario, familiares, y al revés de los seres humanos a quienes sentimos de afuera para adentro, con estos otros nos comunicamos a la inversa de adentro para afuera. Mientras con nuestros hermanos de la tierra vamos haciendo experiencias, los conocidos del sueño son al revés, seres con quienes venimos de vuelta de todas las experiencias. El que haya observado ligeramente la vida del sueño tiene que reconocerle a través de las vagas reminiscencias que trasportamos a la vigilia, una extraña prioridad sobre nuestras emociones y sensaciones terrenas. Debemos aceptar que hay allí un curioso misterio de vida espiritual que si pudiéramos observar, nos daría la clave de la vida sub-conciente. Personas hay que después de un sueño profundo se levantan pálidas, consumidas, cadavéricas... Este fenómeno debiera mostrarnos que el reposo del sueño es sólo aparente, pero que el fondo encierra un desgaste psíquico, mediante la prodigiosa actividad de una parte desconocida, pero esencial de nosotros mismos. Otros vuelven de aquel misterioso viaje llenos de vida,

de frescura y de íntimo contento. Artistas hay que se han devanado los sesos buscando la solución de un problema de belleza y la han encontrado en el sueño, como si solo ahí entraran en comunicación con el mundo de la Belleza increada. Personas que viven angustiadas bajo el peso de una ausencia, o una preocupación sentimental, encuentran en el sueño, razones inconscientes de seguir amando, de seguir creyendo, o bien de sacar de allí sus temores, sus dudas, sus presagios terribles. ¿En que oculta fuente de sabiduría han bebido, qué secreta inspiración han recibido, qué misterio se ha esclarecido para ellos, con quien han comunicado bajo el denso velo del sueño, qué verdades se les han manifestado? No podemos negar que hay allí un arcano de misteriosa armonía, un regulador de la vida ordinaria que rige las existencias en el grado en que los seres se afinan para recibir sus comunicaciones. En todo caso, podemos afirmar que el sueño que forma parte del ritmo del universo, debe coincidir con la vida espiritual así como la vigilia coincide con la vida material. Mientras estamos despiertos, vivimos como criaturas humanas, mientras estamos dormidos vivimos como almas inmortales y eternas; pero estas dos vidas simultáneas y separadas se comunican en el sueño, alternan sus valores, se transmiten sus experiencias, modifican sus diversos estados, se influyen mutuamente. Si nuestro día ha sido hermoso, bien ocupado, iremos en la noche a visitar a los seres amados de quienes la distancia nos separa, descubriremos el secreto que necesitamos, encontraremos la ayuda que nos hace falta...

He conocido casos muy curiosos al respecto y que ilustran mi materia. Fué el primero, una señora que estudiaba el ocultismo y cuyo cerebro bien organizado para las ciencias exactas era la colaboradora de su marido. Mujer rígida, sin imaginación y sin sensibilidad, desprovista de ternuras, todo lo veía al través de silogismos o guarismos. Su vida diurna era muy práctica, muy bien ordenada, vida de plena cordura en el estrecho sentido convencional, pero la señora comenzó a soñar, veía cosas extrañas, cuadros animados que se transfiguraban y se encadenaban, siendo ella simple espectadora. A la mañana se

despertaba con fiebre de escribir y el sueño de la noche se cristalizaba en una poesía que le venía dictada con tal precisión, que no podía trepidar en la dicción de una sola palabra. Aceptaba a veces expresiones ininteligibles mandada por una fuerza extraña a su conciencia humana y la poesía resultaba un magnífico símbolo de cosas que ella no imaginara ni comprendiera en todo su alcance sino después de concluída. Hubo vez que necesitó de la ayuda de una amiga, y hasta de la lectura posterior de un libro, para penetrar el pleno sentido de la inspiración que la impulsara. Jamás pudo hacer un verso medianamente rimado por cuenta propia y las personas que conocían la índole de sus facultades naturales quedaban bien convencidas al leerla en la exteriorización de sus sueños que allí no había actuado con su cerebro de la vigilia. El otro caso que voy a citar me conmovió hondamente. Era una mujer de cierta edad, un alma moderna que, petrificada en la juventud por un fanatismo ciego, se había despertado lentamente a la conciencia transcendental. El yo profundo había surgido en el abismo de su ser misterioso, pasional y espiritualista, convencida de que todo sacrificio es la simiente de una conquista superior, había renunciado al Amor de su vida, cuyo *partenaire* se había presentado en el camino de atravesio. Para que el Amor cumpla su misión de prueba sobre las almas superiores, tiene que ofrecerse siempre en condiciones que implique una renuncia de los instintos inferiores en homenaje a los superiores. Esta mujer no se quedó debajo de su sacrificio. Se separó para siempre del hombre a quien ella amaba. La vida para ella, naturalmente, perdió su razón de ser. Quedó como mujer abismada en ese dolor en que todas las cosas pierden su encanto y en que nada humano solicita a vivir. A expensas de este sacrificio de la mujer, el alma cobró en ella una prodigiosa intensidad de vida. Se le desarrolló una extraña videncia psíquica. Las almas se le hicieron transparentes y las leyes del mundo espiritual se le revelaron sabias, armoniosas, con sus maravillosas compensaciones. Pronto sintió la comunicación a distancia y la mutua sugestión lejana. El abismo del Sueño le abrió su arcano. Cada noche al acostarse ella se proponía mentalmente ir a encontrar a aquel hombre de

quien todo la separaba. Se hacía una composición de lugar, lo veía en su cuarto, evocaba los objetos familiares de que estaba rodeado, se ponía en contacto con la fuerza oculta, relajaba sus músculos, en la actitud de mayor abandono y descanso. Pronto la conciencia la abandonaba. A la mañana siguiente no recordaba nada, tenía la sensación de un inmenso reposo, de una paz sobrehumana. Abría los ojos, no ya con ese tedio de los primeros tiempos, sino con una gran esperanza indefnida, con un amor de todas las cosas y una certidumbre de felicidad. Estudió con gran contracción, y con una comprensión cada vez mayor. Llegó a interesarle todo, por la íntima vinculación que para el alma iluminada tienen todas las cosas del universo, las grandes y las pequeñas. Sintió la compasión del dolor y la necesidad de alegrar la vida de los demás. Su conciencia, cada vez más transcendental, conciencia de conjunto que abarcaba el pasado y el futuro, le hacía apiadarse de ese calabozo moral que son las consecuencias parciales, llevando un rayo de esperanza a los que sólo veían las limitaciones fatales de la vida, sin sus reivindicaciones estupendas. *Istar*,—que así la llamaremos, para ocultar su verdadero nombre,—se sentía de paso sobre todos los dolores humanos, siendo que las demás almas se quedaban y naufragaban en cada pena. En cuanto a las tristezas de la vida, *Istar* tenía el alma de una viajera que atraviesa ciudades dolientes, pero que tiene una Patria de donde viene y a donde va cada noche a reposarse, y en esa Patria un amor inmortal. Su piedad era tan intensa con las almas que sufrían su pena de amor *quebrado* sin reanudaciones espirituales, que había llegado a ser una especie de médico consultor de los corazones tristes. Sin que nada humano se hubiera producido en su vida, durante la separación ya larga, sin recibir jamás noticias que no fuesen de aquellas exteriores que mantienen todas las incógnitas, dando razón a las dudas más tristes, su esperanza cundía, en razón inversa del tiempo ya transcurrido y del olvido probable o casi seguro. Pero no sólo la esperanza, la certidumbre de la felicidad la cogía por completo. *Istar* creía sin tener ningún dato que pudiese confirmarla que en aquella alma de hombre se había producido una evolución espiritual, que los

abismos estaban a punto de salvarse entre los dos, que habría una reunión, que se produciría el Amor espiritual y completo. Aquella pasión sensual y dolorosa debía hacer crisis para engendrar el amor que respondería a su corazón y le daría la felicidad. Istar estaba cierta de todo eso, sin saber por qué. Entre tanto se ocupaba de iluminar y de consolar. Era como un oráculo que respondía a las más oscuras inquietudes del alma que solicitaba su luz, un aliento de todos los que perdían la fuerza de esperar. Su sueño continuaba siendo oscuro, sin respuesta aparente y ella atribuía a su buena salud aquel optimismo invencible que la sostenía y que le daba el coraje de ser feliz en esperanzas irrealizables. Pero al cabo de mucho tiempo de obscuridad y cuando comenzaba a entrar en la vejez, tuvo un sueño. Se vió subir un alta montaña, entre espesos bosques de pinos. La fatiga la obligaba a detenerse y entonces encontraba otras almas que hacían la misma penosa ascensión. Istar veía a lo lejos cuando las luces del día se apagaban a la claridad vaga de las estrellas, un templo que se iluminaba en la cima. Las otras almas nada veían y ella no se animaba a hablarles de su visión por no entristecerlas y temerosa de que no le creyesen. Hubo épocas,—porque aquella ascensión duraba ya mucho tiempo—en que el espesor de los pinares hacía desaparecer la cumbre lejana y coronada de nieves, pero de vez en cuando la claridad fulguraba su luz entre el follaje. A cuantas almas que venían más atrasadas no había esperado Istar, en cuantas ocasiones no había retrocedido en su camino para ayudar a las hermanas timidas o débiles. Algunas veces en su sueño bajo los árboles había escuchado las armonías vagas que se escapaban del templo lejano!

Al fin, al caer una maravillosa tarde, a los últimos reflejos del día que moría, sobrevino una gran tempestad. El trueno estremeció el monte y los relámpagos proyectaron el fulgor de sus siniestras livideces en la obscuridad del tenebroso pinar. Pero ya muy tarde se precisó en la cumbre próxima una maravillosa visión. El templo se mostró radiante, bien delineado, luminoso y transparente como si hubiera sido hecho de mate-

ria sutil, especie de cristalización de un sueño, saliendo de una nube sin tocar tierra... Un inmenso Arco Iris le servía de marco y la nube que lo circundaba se entreabría para recibir una lluvia de oro de lo alto, que doraba su cúpula y sus flechas... Istar redobló sus energías ante la visión próxima y logró penetrar al santuario. Era blanco como una luz de alborada, algo azulada en diáfana claridad lunar, y las naves amplias en un bosque de columnas de mármol blanco, convergían hacia el centro de aquella cúpula donde la claridad exterior penetraba de lleno y caía de plano sobre una figura ideal envuelta en la misma nube que el templo y decorada por el mismo Arco Iris. Aquella bellísima figura de mujer se exaltaba toda entera hacia arriba, sus ojos miraban en alto y sus manos tendidas hacia abajo sostenían una cadena de oro cuyos extremos salían de la nube y se perdían en ella. Istar experimentó ante aquella visión una profunda alegría, sentimiento de haber llegado a la meta y de merecer un descanso y una felicidad bien adquiridos. La ideal figura de mujer sonreía beatíficamente. Sus pies se posaban sobre un globo terráqueo y sus manos dejaban circular aquella cadena cuyo principio y cuyo fin se perdía en la vaguedad de la nube circundante. Istar creyó entender que aquella cadena significaba la ley de causa y efecto que vincula todos nuestros actos y nuestros pensamientos, que viene de un pasado insondable y que prepara un porvenir remoto... Sintió el consuelo de creer que no había ningún sufrimiento perdido y que era acreedora a una dicha insospechada. Al salir del templo, consolada y llena de esperanza, encontró en la puerta a su amigo de la juventud, vestido de ermitaño, cansado, jadeante, con el peso de la ascensión, y a quien una hermosa mujer, de pie en la puerta, impedía la entrada al santuario. Se reconocieron y se estrecharon la mano, mirándose a los ojos. El le suplicó que obtuviese para él de aquella mujer, que debía ser la sacerdotisa del santuario, que le permitiese entrar. Istar habló con la desconocida en una lengua que el ermitaño no entendió. Istar tradujo a su amigo la condición que requería la entrada al santuario. Era menester renunciar para siempre al placer de los sentidos, consagrarse al amor platónico. El ermitaño pene-

tró todo el alcance del símbolo. Debía contentarse con el amor espiritual de Istar o separarse de ella para siempre. No trepidó, prometió, entró al templo, y al salir Istar, que le esperaba en la puerta, se encaminó con él hacia el bosque. Construyeron ermitas en el pinar que rodeaba el templo, e hicieron una vida de unión mística y de felicidad sobrehumana. Aquí concluyó el sueño y comenzó la realidad de la vida. El hombre que esta mujer había amado tenía un hijo único, y ella tenía una sola hija de su matrimonio. Un día que aquel joven llegó al lejano país donde Istar habitaba con su hija, los jóvenes se amaron a primera vista. El padre de la niña hizo una oposición tenaz a aquel amor. Los jóvenes triunfaron, sin embargo. La niña, que era muy devota de la Virgen de una ermita, prometió dar el collar de perlas que el joven le obsequiara el día de su matrimonio. Y así sucedió que cuando ese día llegó, la víspera, la joven mandó colocar su collar entre las manos de esa Virgen de los Rayos, que era su devoción. Y así sucedió que en el día que Istar vino a presenciar el matrimonio de su hija en la capilla de la Virgen de su devoción, vió, con terrible sorpresa, que la imagen sostenía aquella cadena de la figura de su sueño. Los eslabones de oro se habían convertido en perlas, imagen de sus lágrimas. Mientras el sacerdote bendecía a los jóvenes, él la miraba con la misma invencible ternura de antes, pero era una ternura exenta de esa chispa enconada de deseo carnal; cómo se explicaba entonces aquel sueño en que había venido a fundirse una vida de renunciación y de amargura, de soledad y de sacrificio. ¿Aquellas dos creaturas, hijos únicos de cada cual, no eran los eslabones de oro que venían a soldar sus vidas, en la dulzura del crepúsculo compensándoles todas las lágrimas vertidas en la aurora? Menos iniciado él en los misterios de la vida supra-sensible, que a ella habían llegado a serle familiares, contó a Istar la historia de su corazón. Para ella, aquel retrato no era más que el esclarecimiento del obscuro misterio que se había elaborado entre ambos a través de los años de ausencia. Cada noche, en la distancia, él la sentía allí, cerca de su corazón, formando parte de su vida, con una realidad tan intensamente espiritual que, en su comparación, el beso de las demás

mujeres era desabrido como el de un fantasma. Así habían transcurrido diez años. En vez de ir el tiempo borrando los recuerdos, los hacía más vivos, más tangibles, más intensos. Aquellos recuerdos iban creciendo, y las cosas presentes y actuales de la vida se iban esfumando y perdiendo. Se produjo en él, ese fenómeno tan extraño de ser su vida nocturna la que correspondía a su secreta y profunda realidad, y las cosas humanas, la ilusión accidental de la existencia. Nunca tuvo noticias de Istar. Evitaba tenerlas, pues le parecía que podían destruir la verdad esencial de su sueño. Y los años pasaron en una comunicación singular, en una compenetración espiritual. Empezó a ver a Istar por dentro: toda la rareza, la incoherencia ilógica de su conducta, se explicó. Tanto como la mujer le había parecido singular y extraña, pero atrayente siempre, el espíritu de aquella creatura la pareció grande, recto y procedente de una fuente eterna y maravillosa de verdad y de bondad increadas. Cuando volvió a verla era el mismo ser a quien tanto amara, pero otro, al mismo tiempo, embellecido y purificado. No necesitaron hablar para comprenderse. El silencio de las almas había franqueado todos los abismos. En el silencio se habían explicado todas las cosas que nunca lograron expresar las palabras. A la salida de la Iglesia, aquella mañanita de primavera, en que sus hijos quedaban unidos, él sacó de su bolsillo una medallita, cuya efigie estaba medio gastada por el roce de la cartera, y mostrándosela, le dijo simplemente: «¿Te acuerdas?» Ella lo miró en los ojos... y buscó la fecha y la divisa, la fecha remontaba a 40 años atrás, y como inscripción no tenía mas que una sola palabra: «*Semper!*» Ella se la alargó en la punta de los dedos, envolviendo al hombre en una de esas miradas que vienen del abismo del pasado y que se pierden en un futuro quimérico. La vida había cumplido ciertamente la promesa que hiciera a la joven, de darle un amor eterno, a trueque de una breve pasión humana...

Felices los que escuchan las voces del silencio y viven a la altura de su más elevado ensueño. Para esos, ciertamente se dijo: Buscad ante todo el reino de Dios y de su Justicia que lo demás se os dará por añadidura!

## LA POLÍTICA TRADICIONAL DE CHILE

(A Ricardo Salas Edwards.)

Tres problemas, íntimamente unidos entre sí, esperan de nuestros gobernantes una solución que asegure permanentemente la paz y el libre desarrollo de la riqueza de nuestros conciudadanos. Esos tres problemas son: el de la soberanía futura de las provincias de Tacna y Arica; el de las relaciones políticas con el Perú y con Bolivia y el de los tratados de comercio que deben celebrarse con esos dos países y con las demás Repúblicas cuyas costas baña el océano Pacífico.

Esa solución se ha ido retardando—es necesario confesarlo—por la defectuosa aplicación que se ha hecho en Chile del sistema parlamentario de gobierno, sistema al cual hemos tomado sus defectos y relegado al olvido sus condiciones más ventajosas. Si queremos llegar a una solución en esos problemas de vital importancia, es necesario introducir reformas en nuestros hábitos políticos antes de modificar las leyes vigentes sobre el servicio diplomático.

La primera de esas reformas consiste en que el Presidente de la República pueda elegir libremente su secretario de Estado para las relaciones exteriores; que el elegido sea una persona tranquila, amiga del estudio, que no vaya detrás del engañoso miraje de las soluciones rápidas y fáciles y que acepte como el mejor de los caminos el de oír con paciencia todas las opi-

niones, aunque sean diversas y contradictorias, de aquellos de nuestros conciudadanos que han tenido ocasión de conocer las distintas fases del desarrollo histórico de esas cuestiones.

Designado ese secretario de Estado, el Presidente de la República debe poner en ejercicio sus influencias en los partidos para obtener de todos ellos el compromiso moral de mantenerlo en el cargo hasta que complete su misión.

Instalado ese ministro en la cancillería, debe dejársele completa libertad de acción para elegir sus colaboradores dentro del ministerio. Puede convenirle la creación de una comisión consultiva de carácter temporal y puede, según sean sus propósitos, crear una oficina técnica compuesta de funcionarios permanentes.

Obtenida la estabilidad del ministro y elegidos sus colaboradores, viene la tarea de colocar la piedra fundamental del edificio, que consiste en la fijación de las ideas definitivas sobre el objetivo principal.

¿Cuál es el derecho de Chile?

¿Cuáles son las conveniencias y las aspiraciones de Chile?

Acordada una fórmula, que no dé lugar a ambigüedades, para sintetizar las aspiraciones de la nación relacionada con sus derechos reales, deben estudiarse los procedimientos más favorables para obtener un resultado satisfactorio y encaminar las negociaciones diplomáticas dentro de esas normas invariables.

Hagamos un resumen: en primer lugar, la elección de un buen jefe de cancillería; en segundo lugar, obtener su permanencia en ese cargo; en tercer lugar, formar el grupo de sus colaboradores; en cuarto lugar, estudiar los derechos y las necesidades del país; y, en quinto lugar, fijar el camino que debe adoptarse para satisfacerlas.

## I

La elección de un Ministro de Relaciones Exteriores no es una cuestión difícil; en la práctica, en medio de la vorágine de los últimos quince años, no han faltado ciudadanos que han demostrado poseer las condiciones requeridas; una crisis minis-

terial ajena a sus labores los ha arrastrado en los momentos en que preparaban, o tenían en camino, gestiones importantes. Debe evitarse cuidadosamente la elección de ciertos candidatos demasiados deseosos de las soluciones fáciles y de ligar su nombre a la celebración de un tratado, sea bueno o malo.

Las soluciones rápidas demuestran poco estudio y menor madurez. En una época no lejana, el Presidente de la República había resuelto, si llegaba el momento de firmar un tratado de importancia, que se nombrarían cinco plenipotenciarios elegidos en los diversos partidos para que todos ellos fueran sólidos en el honor y en la responsabilidad.

El país necesita soluciones que sean satisfactorias; poco le importa que ellas se deban a los esfuerzos de uno solo, o de muchos ciudadanos. Desea que sus intereses futuros queden sólidamente resguardados y es natural que tenga mayor confianza en la labor de muchos, ya que los genios individuales van siendo cada día más escasos.

En la elección de ese ministro deben evitarse los dos escollos contrarios: la acción demasiado rápida es peligrosa; la inacción suele ser un arbitrio cómodo, pero no menos perjudicial.

Designado ese funcionario, que el país reclama, porque ve que sus más caros intereses están en peligro y seriamente amenazados, todos los chilenos debemos acatar su autoridad y prestigiar su acción.

## II

Sobre la conveniencia de dar estabilidad al cargo de Ministro de Relaciones Exteriores no es necesario hacer reflexiones; el país la reclama; la opinión de los publicistas le es favorable; se ha escrito mucho en su defensa sin que nadie se haya creído autorizado para defender en teoría el régimen existente. Sin embargo, cada tres meses se permite el cambio de ese funcionario sin que se levante para impedirlo una protesta bastante enérgica en contra de semejante práctica que, en sus consecuencias lógicas e inevitables, equivale a un suicidio de la nación.

El Brasil ha terminado satisfactoriamente todas las cuestiones de límites que le legara el régimen colonial, merced a la estabilidad de su Cancillería y al prestigio con que el patriotismo unánime de los brasileros supo rodear a sus grandes Ministros.

No solamente ese régimen proporciona las ventajas favorables para la defensa de los intereses propios, sino que los gobiernos amigos y aliados dan la mayor importancia a la seguridad de que sus acuerdos y sus confidencias queden resguardados en el secreto de pocas personas. El barón de Río Branco solía decir que Chile era un buen amigo, pero que su Cancillería era epiléptica.

En nuestro litigio con la República Argentina podemos examinar la influencia de la estabilidad en tres períodos diversos: antes del Tratado de 1856; en la época intermedia entre 1856 y el Tratado de 1881 y en el período de la aplicación sobre el terreno de este último convenio.

En la primera época estaban de parte de Chile las ventajas que son inherentes al régimen del orden. Era nuestro Presidente don Manuel Montt, heredero de las tradiciones administrativas de los dos presidentes anteriores; era su Ministro de Relaciones Exteriores don Antonio Varas, quien, en el silencio de su oficina, con la colaboración de don Andrés Bello y de don Miguel Luis Amunátegui, preparó ese tratado. Para firmarlo se nombró plenipotenciario *ad-hoc* a don Diego José Benavente, una de las figuras más prominentes de la época anterior. Se quiso rodear ese acto de un prestigio basado en la tradición. Su verdadero autor se desprendió de ese honor en favor de su propia obra, dignísimo ejemplo para las generaciones posteriores.

Pocos mejores.

Tratados ha celebrado nuestra Cancillería; los límites que tenían en 1810 el Virreynato de Buenos Aires y la Capitanía General de Chile serían los límites definitivos de las dos Repúblicas que se ligaban, al mismo tiempo, por un Tratado de libre cambio que pudo ser conveniente en aquella época.

Después de 1856 no cabía otra labor para los diplomáticos chilenos que el estudio de los títulos posesorios de 1810 que eran favorables felizmente para los designios de ese Gobierno.

A ese fin se encaminaron desde ese día las investigaciones de los señores Varas, Bello y Amunátegui.

Desde 1861, la administración pública de Chile comenzó a sentir las consecuencias de la debilidad del principio de autoridad impuesta por los manejos de la política; ese período puede considerarse como el precursor del terrible azote que se ha denominado régimen parlamentario. La estabilidad ministerial comenzó a verse quebrantada y los gritos de la calle empezaron a tener influencia en los consejos de Gobierno. La falta de responsabilidad de esos elementos dió principio a la introducción de la incompetencia en funciones antes reservadas a personas experimentadas. Es probable, y de ello dan testimonio algunos documentos de carácter privado, que desde ese tiempo data la costumbre de dar funciones diplomáticas a las políticas que era conveniente alejar.

La línea de conducta que se habían trazado los colaboradores de Montt y de Varas para la aplicación del tratado de 1856 y que constituía la defensa de los derechos de Chile sufrió una lamentable interrupción. Fué un diplomático chileno quien por vez primera propuso un arreglo directo, camino por donde, de concesión en concesión, renunciámos a las ventajas que nos proporcionaba el baluarte de granito del Tratado de 1856.

Barrenado ese convenio en su base fundamental, no esperaron los diplomáticos chilenos el resultado de los estudios que en los archivos españoles se hacían para precisar la línea divisoria de 1810 y, cuando, años más tarde se publicaron las obras magistrales de Amunátegui y de Morla Vicuña, ya habíamos perdido la Patagonia, cedida a girones por los Ministros ocasionales que visitaban las salas de la Moneda y por sus agentes en el extranjero. Esa es la historia inamovible, acusadora y de las más funestas consecuencias, de la introducción de la política en el Ministerio de Relaciones Exteriores.

Mientras Chile abandonaba la base sólida del Tratado de 1856, en la Argentina se pasaba la dirección de su cancillería de las manos expertas de don Rufino de Elizalde a las de don Bernardo de Irigoyen y de don Almancio Alcorta.

El Brasil ha levantado ya la estatua del barón de Río Bran-

co; en Buenos Aires ha tardado demasiado la construcción del monumento que, tarde o temprano, la gratitud de sus conciudadanos ha de levantar a esos tres generales victoriosos de la fijación de sus límites andinos.

### III

Diversas ideas se han estudiado para la más sabia organización del Ministerio de Relaciones Exteriores. Hace veinte años se le dotó de un consultor técnico; en la práctica, ese consultor era una opinión individual, que podía equivocarse y que no todos los ministros creyeron conveniente aceptar.

En 1910, el ministro don Agustín Edwards propuso la creación del cargo de Director político de la cancillería, con atribuciones especiales; era un medio seguro de llegar a la estabilidad en cuanto a los rumbos del Ministerio, pero creando un posible antagonismo entre el director y el ministro.

Posteriormente, un senador ha propuesto, tomando la idea de la organización de las cancillerías extranjeras, el nombramiento de tres jefes de sección; uno tendría a su cargo los negocios de América, otro los de Europa y Asia y el tercero los de carácter comercial. Esos tres jefes, citados periódicamente por el ministro, constituirían un cuerpo consultivo; de sus acuerdos se tomaría acta y éstas servirían para el mantenimiento de la tradición dentro y fuera del Ministerio. Este proyecto es digno de ser recomendado como solución fácil y práctica, y que no daría lugar al temor que despierta la creación de funcionarios que supediten la acción del mismo ministro.

Ultimamente se ha hablado de fundar un colegio de consultores técnicos, elegidos entre los ex-ministros diplomáticos. El inconveniente de esta creación no puede pasar inadvertida; si un consultor técnico puede amenguar la figura del mismo ministro, el inconveniente podría ser mayor colocando sobre su cabeza ese cuerpo colegiado, semi-irresponsable, de tres consejeros letrados.

En la reorganización del Ministerio el camino más seguro es

el de copiar las disposiciones de las naciones extranjeras y aprovechar de su experiencia.

Uno de los diplomáticos franceses de la última época, M. Millet, ha publicado un resumen de sus observaciones. Recomienda el estudio previo del lado práctico de toda combinación, dejando a un lado esas concepciones profundas de épocas anteriores que resultan pueriles en la actualidad. La organización ideal de una cancillería consiste en la división de las materias y en que las resoluciones que deben tomarse no lleguen hasta el ministro, sino después de maduro estudio en manos de los directores especiales de cada sección. El director comercial debe mantener una correspondencia constante con todos los agentes comerciales; el director de los negocios de Asia con los agentes en esa parte del mundo. Esa correspondencia, seguida estrictamente y con la mayor puntualidad, da, en poco tiempo, una idea exacta del valor intelectual y moral de cada agente y las resoluciones aconsejadas por cada funcionario toman entonces la importancia verdadera que tienen en la realidad.

Esos directores son los intermediarios entre el ministro y sus agentes, y son, al mismo tiempo, los defensores de estos últimos, cuando la intriga mete su cola por las hendiduras de las puertas de la cancillería. Cuando un agente ha iniciado una buena pista, se le alienta; cuando se ven indicios de que ha errado el camino, se le hace amistosamente la corrección oportuna.

El mayor perjuicio para la cancillería es, según Millet, la ingerencia de la politiquería en sus oficinas. El ministro es, a veces, el esclavo de la mayoría; los miembros de la mayoría mandan e imponen lo que les conviene en ese mercado de influencias. Los nombramientos que resultan de ese comercio y las órdenes que emanan de ese medio no consultan las conveniencias de la nación.

Millet exige el alejamiento de los empleados que manifiestan vocación por la adulación, porque es la manera de llenar el escalafón con mediocridades. Preconiza el mantenimiento de los buenos sueldos, porque la escasez constituye en ocasiones un obstáculo grave para obtener resultado en una gestión urgente

y disminuye el valor de los caracteres más sólidamente constituidos. Ridiculiza las economías de cierto año en que la cámara francesa suprimió una partida del presupuesto de Relaciones para aumentar la subvención del cuerpo de baile de la ópera!

El diplomático francés sigue en todo ese capítulo los consejos de La Fontaine, en la fábula de «Le Corbeau y le Renard», que termina con la conocida sentencia:

•Apprenez que tout flateur  
Vit aux dépens de celui que l'écoute.»

La selección del personal es el más delicado de los problemas, según Millet. Las condiciones aparentes lucen generalmente más que el estudio y el verdadero mérito. La prodigalidad y el fausto conducen a funciones que deben reservarse para cualidades más sólidas. También en este punto La Fontaine es un maestro:

«Selon que vous serez puissant ou misérable  
Les jugement de Cour vous rendront blanc ou noir.»

Si Millet combate duramente la elección de diplomáticos por el camino de la adulación ¿qué no diría del sistema más moderno, del nombramiento que, para desprenderse de ellos, se hace de los políticos que incomodan dentro de su propio país? Los gobernantes que extienden esos nombramientos olvidan que la escala de las probabilidades hace preveer que también han de incomodar, y con mayor gravedad, fuera del país y con perjuicio para las funciones que se les encomiendan.

Para los individuos que molestan y que es difícil alejar de las antecámaras de los palacios, ni La Fontaine ni Molière, escribieron sentencias que puedan serles aplicadas; esa especie era desconocida en el siglo del Gran Rey. Son frutos de un parlamentarismo enfermo o de una democracia mal generada.

Designado un ministro permanente de relaciones exteriores y nombrados sus colaboradores, la existencia bajo sus riendas de una poderosa fuerza social permitirá establecer reglas que ase-

guren el perfecto reclutamiento del personal y la extirpación de esos abusos.

#### IV

El estudio de los derechos de Chile derivados de los tratados existentes, estudio que conviene hacer conjuntamente con el de las necesidades de los nacionales y de sus aspiraciones de expansión comercial, constituye la parte esencial de la labor de la cancillería.

Es justo reconocer que ese estudio, si no ha sido olvidado, ha sido relegado a segundo término en las actividades del ministerio. Como consecuencia, sus agentes diplomáticos navegan sin otro rumbo que el del buen sentido práctico de la mayor parte de los funcionarios encargados del servicio, y del patriotismo de las personas dirigentes de todos los partidos políticos. Sólo así ha podido evitarse el desastre en las situaciones difíciles que se han presentado en los últimos tiempos y, muy especialmente, cuando su dirección inmediata ha quedado encargada a ciertos políticos nombrados en virtud de las especiales circunstancias excepcionales porque atraviesa el país.

Un plan de conjunto, una norma que guarde conformidad con la tradición y que consulte las medidas necesarias para producir efectos determinados, no existe en la actualidad. Se vive a la defensiva, pero esto felizmente se hace bien.

La futura cancillería, después de estudiar los derechos que conceden a Chile los tratados existentes, debe fijar sus fines y darlos a conocer a los agentes en el extranjero. Esos fines deben precisarse tomando en consideración los documentos de su archivo que pueden dar testimonio de cuales eran las verdaderas aspiraciones de los estadistas que dieron a Chile el nombre de nación independiente y bien constituida.

Si son de gran importancia las opiniones de los padres de la patria, no merecen menor atención las peticiones de los ciudadanos que, en la actual generación, dedican su actividad a acrecentar la producción nacional.

¿Qué persiguieron, respecto del Perú y Bolivia, los antiguos gobernantes de Chile?

¿Cuál es la conveniencia actual de la mayoría de los chilenos?  
¿Qué política asegura para el porvenir, al mismo tiempo, la tranquilidad y la paz, y el desarrollo industrial y comercial del país?

Existe en los archivos de la Moneda un arsenal de documentos que permitirán descubrir el pensamiento de los más notables estadistas de los primeros tiempos de la república. Hay allí opiniones de O'Higgins, de Rodríguez Aldea y de Vial del Río; están las negociaciones del tratado de 1834 con el Perú, las instrucciones enviadas al representante de Chile, don Ventura Lavalle, y las que llevó consigo don Mariano Egaña. Con posterioridad se encuentran las negociaciones de don Felipe Pardo y Aliaga con don Manuel Montt; las que se relacionan con el congreso de Lima de 1864 y, por último, las comunicaciones a que dió origen el tratado que firmó en Lima don Marcial Martínez, en 1868.

El conjunto armónico de esas opiniones revela que, hasta esa época, en el cerebro de los chilenos de los primeros cuarenta años de la república, bullía una idea, una idea fija, que se transmitía de un gobernante a otro y cuya realización se consideraba íntimamente unida al mantenimiento de la independencia y al aumento de su potencia.

Todos esos documentos atestiguan que Chile mantenía con energía la necesidad de impedir la confederación de dos repúblicas, porque rompía el equilibrio del Pacífico y que era necesaria la independencia e integridad de Bolivia y del Ecuador. Al mismo tiempo se alentaba la esperanza de que todas las naciones del Pacífico unieran sus intereses comerciales por un tratado de libre cambio, restringido a sus nacionales y del cual quedarían excluidas las naciones de distinto origen.

Por último, se proponía rebajar el flete marítimo de las mercaderías enviadas a las naciones unidas cuando los trasportaran buques de cualquiera de ellas, y se preparaba—en aquellos tiempos—la reserva del cabotaje desde Panamá a Magallanes para la bandera de los países latinoamericanos.

Conociendo las bases fundamentales de la diplomacia chilena de esa época, por muchos motivos superior a la actual, cabe

considerar si algún cambio en la situación de la república o en los intereses individuales de los ciudadanos, permite abandonar esos propósitos.

¿Acaso los agricultores de Chile han perdido el derecho a ser protegidos como lo fueron los de 1834, de 1857 y de 1868?

¿Acaso los chilenos que han fundado casas de comercio y oficinas industriales no son acreedores a esa protección?

¿Acaso Chile ha dejado de ser un país de vastísima costa, cuyas compañías de navegación podrían prosperar, conjuntamente con las de las otras naciones vecinas coligadas con el mismo fin?

Puede imaginarse hasta dónde hubiera llegado la prosperidad de las repúblicas latinoamericanas, si en lugar de ser durante cien años tributarias de las industrias y de la navegación europea, hubieran vivido durante ese siglo unidas por uno de los tratados que recomendaba la cancillería chilena y que fueron materia de luminosas discusiones en esos días. Australia, el Japón, el Canadá y los Estados Unidos presentan un ejemplo que justifica la previsión de los estadistas que fomentaban esa política aduanera latinoamericana.

La experiencia de los últimos tiempos aumenta, respecto de Chile, la necesidad de seguir esos rumbos. El país sufre de crisis periódicas, porque la producción nacional es desigual; en los años de abundancia los precios decaen; en los de escasez, aumentan desmesuradamente; esa diferencia de precios favorece las especulaciones en detrimento de los productores y en beneficio de las casas exportadoras extranjeras.

Con general aplauso se ha iniciado la labor de aumentar el regadío del territorio; cuando esas tierras se entreguen a la producción, esa crisis agrícola periódica aumentará en intensidad, porque, en los años abundantes, habrá un exceso mayor de productos que no encuentran comprador.

Únicamente la federación aduanera de las repúblicas del Pacífico puede servir de remedio eficaz para ese mal, porque esos mercados serán los reguladores de los precios y tendrá cabida en esas naciones el exceso de la producción agrícola y aumen-

mentará el consumo de los artículos manufacturados en cada uno de los países confederados.

El beneficio será común; este hecho fué reconocido por los plenipontecarios que han tomado parte en las negociaciones a que he hecho referencia; lo aceptan también hoy sin reserva los hombres de gobierno con quienes he debido conversar sobre esta materia en mis viajes privados y en las misiones que se me han encomendado en los últimos doce años. Impiden su realización los recelos que quedan sembrados en América y que sería fácil destruir por medio de una política franca y resuelta en favor de esos propósitos; lo impiden también los trabajos ocultos y egoístas del comercio extranjero, para el cual tiene docilidades inocentes la prensa de todos estos países que recibirían el beneficio de la unión aduanera latinoamericana.

Me propongo poner al servicio de esa causa, desde mi modesta plaza de ciudadano, todo el esfuerzo de que soy capaz, la experiencia que he recogido y la documentación que he guardado. Si esta campaña hace necesario descubrir algunas debilidades y negligencias y poner en descubierto la audacia de la incompetencia, será una tarea ingrata, pero que es exigida por consideraciones superiores.

## V

Planteada la cuestión de que existe una política tradicional de Chile en sus relaciones con las demás repúblicas sudamericanas; entregada esa bandera a manos expertas en la cancillería, cabe indicar el camino más seguro para la defensa de esos propósitos olvidados durante tantos años y relacionar ese problema con el de la soberanía definitiva de las provincias que se encuentran bajo el dominio de Chile después del tratado de Ancón.

Me limitaré a hacer una exposición de opiniones ajenas de personas que, por muchos títulos, tienen derecho a ser oídos en este debate.

Don Luis Barros Borgoño ha escrito un libro para justificar los tratados con Bolivia de 1895. Sus argumentos en favor de la cesión de esas provincias a Bolivia y en defensa del tratado

de comercio que forma parte integrante de ellos, deben ser leídos en toda su amplitud por las personas que deseen formarse un criterio sobre tan delicado problema; hacer un resumen de esa defensa sería desvirtuarla.

Don Javier Vial Solar también ha escrito dos libros sobre esas materias en defensa de los arreglos con base comercial que él celebrara en Lima en 1894.

Don Guillermo Subercaseaux, el brillante profesor de nuestra Universidad, ha manifestado su inclinación a un pacto de confederación de Chile con Bolivia, que podría servir de base para la futura unión aduanera latinoamericana, soñada por los estadistas del primer tercio del siglo XIX. Las provincias de Tacna y Arica serían administradas por las autoridades de esa Confederación aduanera, persiguiendo el beneficio común. La soberanía de Chile sería reconocida para volver a tomar todas sus atribuciones el día en que se rompa el pacto de confederación.

Don Anselmo Blanlot Holley, comentando esas opiniones, dice: «No voy tan allá hasta constituir un condominio sobre los territorios de Tacna y Arica entre los países confederados, pero, sí, acepto la concesión de *una puerta franca* que no comprometa nuestra línea fronteriza». No dice el señor Blanlot Holley en qué consiste esta *puerta franca*.

Algunos políticos bolivianos, amigos sinceros de la inteligencia con Chile, han propuesto la cesión de una faja de territorio cerca de la frontera peruana con una caleta donde pueda construirse, andando los años, un puerto propio, que sería quimérico si Chile sabe dar satisfacción a las necesidades de Bolivia mejorando el puerto de Arica. Pero un puerto propio, la esperanza de tenerlo, la previsión de lo porvenir para cien años más tarde constituyen una realidad. El patriotismo tiene derechos para mirar al través de los siglos. Los políticos bolivianos que eso piden reconocen que los tratados existentes no les otorgan derecho alguno; se limitan a expresar un deseo y a asegurar que se concederían ventajas equivalentes en correspondencia de esa cesión.

No faltan en Bolivia quienes crean que la ciudad de Tacna

debería quedar incluida en esa faja de territorio para tener una ciudad propia cerca del mar.

Algunos altruistas proponen la entrega de Tacna al Perú y de Arica a Bolivia, cesiones que se harían coetáneamente con la celebración de la confederación aduanera de las tres repúblicas. Y otros dividen ese territorio entre los tres países; Arica para Chile, Tacna para Bolivia, y Tarata para el Perú.

Estos proyectos no deben atribuirse a la imaginación de personas desocupadas; son concepciones basadas en consideraciones reales, en hechos que en un porvenir bastante próximo, pondrán sobre el tapete de las mesas de las cancillerías la discusión de ese problema, exigiendo resoluciones inmediatas. Desconocer esto es echarse voluntariamente un velo sobre los ojos.

El estudio de los documentos de la cancillería y el derecho a la protección que claman los agricultores e industriales chilenos revelan que ese problema debe ser resuelto tomando en consideración las aspiraciones de la expansión comercial de Chile. Ese será uno de los fines a que ha de propender la obra de la cancillería.

Si, además, le pedimos al jefe de ese servicio que mantenga incólume el territorio que nos ha entregado el tratado de Ancón, sin permitir que se entregue, en cambio de otras concesiones, una sola partícula, será el caso de decir que procedemos como esos niños que, llevados por sus padres a las grandes casas de juguetes, en día de Pascua, se les pide que hagan su elección y contestan. Papá, los prefiero todos.

Algunos viejos políticos chilenos recuerdan que, cuando se discutía en el Senado el tratado de Ancón, se averiguó a qué causa obedecía el plazo de diez años fijado para el plebiscito, que ese acto dejaba pendiente, y se contestó que esas provincias estaban destinadas a obtener condiciones equitativas en los convenios comerciales con los países vecinos. Esa explicación guarda conformidad con una opinión publicada en un diario de Tacna de que esas provincias, en lugar de ser materia de desunión, serían, tarde o temprano, lazos de unión.

Para hacer concesiones territoriales, en cambio de tratados

que aseguren para los productos chilenos mercados permanentes, se necesita que el país salga del caos en que lo sume, poco a poco, la acción disolvente de los partidos. Solamente un gobierno fuerte con mayoría parlamentaria puede asumir la responsabilidad de ese problema.

Las generaciones futuras serán las herederas de los beneficios de todo acto internacional que una los intereses de los países de este continente cuando se asegure la paz, se termine la demarcación de las fronteras, se cambien los frutos de climas diversos y la navegación quede entregada a los capitales de reserva de ellos mismos.

La imaginación puede hacer el cálculo de la riqueza que esa política ha de acumular en poder de los hijos de las naciones que comprendan, en esta hora de la liquidación universal, que los países nuevos pueden también bastarse a sí mismos y liberarse de la opresión de un comercio ajeno, tiránico y, a veces, judaico.

## VI

La diplomacia es como la medicina, lo primero, debiera ser sanar [al enfermo; pero no siempre es lo que sucede. Poco le importa al país que el médico que ha errado en su diagnóstico confiese, o nó, su error.

Los diplomáticos deben anteponer a su amor propio profesional el interés de la gestión que se les ha encomendado. Es indiferente para la nación que un buen tratado lleve al pie tal o cual firma; lo que le importa es que ese convenio consulte las conveniencias nacionales.

Desgraciadamente, algunos funcionarios dan una importancia excesiva al mayor lustre de sus propias individualidades. Para ellos escribió Molière esa página de la consulta de los cuatro médicos que asisten a la hija enferma de Sganerelle.

Lucinda, la hija querida de Sganerelle, se moría. Los cuatro médicos, después del examen de la enferma, se reúnen en sesión privada. Hablan de todo, menos de la enferma; el uno cuenta algo de la mula de su carroza; otro de su caballo; la

conversación se detiene en la querrela del día: el pleito entre sus colegas de facultad, Teofrasto y Artemio.

«Yo soy de la opinión de Artemio», dice el doctor Desfondres.

«Yo también, dice el doctor Tomes, es evidente que su diagnóstico ha muerto al enfermo y que el de Teofrasto no era mejor; pero, en fin, es un error decirlo públicamente en esas circunstancias; un colega no debe jamás tener una opinión diversa que la ya dada antes por otro doctor.»

«Sin duda, hay que guardar las formalidades.»

Y terminaron declarando que, al fin, «un muerto, no es más que un muerto, y que la facultad estaba antes porque no podía morir», y que lo primero «era guardar las formalidades».

Algo parecido suele ocurrir en las cancillerías sudamericanas. Lo esencial es que los errores no se sepan. Las falsas noticias pueden circular libremente porque a las víctimas de cada intriga les es prohibida la defensa; ante todo está el secreto de la profesión y la falsa concepción del honor del país.

Es tiempo de poner la segur a la raíz del mal. El mejor remedio es la divulgación y el escapelo aplicado con verdad y con justicia. El Embajador Gerard parece ser de esa opinión.

J. M. ECHENIQUE GANDARILLAS.

## CANCIÓN

When I am dead, my dearest...

Si muero, canciones tristes  
no cantes, amado mío,  
ni sobre mi tumba plantes  
rosas o ciprés sombrío.  
Cúbrame yerba, de lluvias  
y rocío humedecida...  
Y tú, si quieres, recuerda,  
si quieres olvida.

Yo no sentiré la lluvia,  
ni la sombra he de gozar,  
ni al rui señor, que parece  
dolorido, oiré cantar.  
En la penumbra sin alba  
ni ocaso, yo soñaré;  
y allí, recordaré acaso,  
quizá olvidaré.

CRISTINA GEORGINA ROSSETTI.

## Y ALZÓ LA COPA BAJO LAS ESTRELLAS

Sobre las inquietudes y los odios,  
como una alondra despertó el poema,  
ebrio de insospechables episodios  
en la tarde enigmática y suprema.

Fué en la terraza, frente al mar. Zadara  
iluminada de melancolía,  
empezó a recitar como si hablara  
con el ocaso y con la lejanía.

Ella ponía sus secretos fuegos  
al decir el poema, lentamente;  
¡qué bien lucían esos versos griegos  
allá en el fondo de su voz caliente!...

La sombra suave fué creciendo en torno  
de los dos. El Crepúsculo violeta  
fué borrando con gracia su contorno  
como para robarse su silueta.

Después llena de ensueño y de inocencia,  
al margen de una breve frase mía,  
ella sostuvo con sutil vehemencia  
toda la charla de filosofía.

Habló de Francia y su literatura,  
defendió a los filósofos germanos,  
y en los ataques a la razón pura  
se dió con Kant un apretón de manos.

Yo en tanto recordaba las gloriosas  
noches desvanecidas y olvidadas:  
todo un mundo de lágrimas y rosas  
con discusiones y con trasnochadas.

En una hora bulliciosa y honda  
la conocí. Tenía el alma griega,  
y detrás de sus ojos de Gioconda  
temblaban los recuerdos de Noruega.  
Fué en un bar apartado. Amanecía.  
El alba derramaba un visionario  
gris azul. Un violín languidecía  
con Grieg... «El caminante solitario».

Nos saludamos riendo. La oportuna  
música nos unió. Y a nuestro modo,  
fuimos emperadores de la luna,  
en el placer y en el desprecio a todo...

Y cuando, pura de melancolía,  
bebió conmigo por su amada Europa,  
me pareció que toda el alba había  
héchose ensueño dentro de su copa ..

Después en su nostalgia siempre viva,  
murieron sus palabras delirantes  
y se quedó un momento pensativa  
y con los ojos más enormes que antes.

Estaba encantadora su cabeza  
de soñadora, inmóvil y sombría,

bajo la albada suave. Su tristeza  
amaneció celeste como el día....

Después se fué. Los ojos tristes, graves...  
y me dejó al marcharse apresurada,  
los labios ebrios de palabras suaves  
y el corazón lleno de madrugada.

No volvimos a vernos. Alas de ave  
tiene el recuerdo. Vuela a sus abismos  
y cada ensueño es una pobre nave  
que va encharcándose en nosotros mismos.

Y así nos encontramos de improviso  
en la terraza frente al mar. Fué ella  
como un desvanecido paraíso  
que regresó con la primera estrella.

La noche surgió al fin, honda y extraña,  
borrando el mar. Faltaba en el ambiente  
la melodía simple de una caña  
que se fuera alejando humildemente...

Nuestros cuerpos estaban silenciosos,  
la champaña esperaba. A las vacías  
copas llegaban toques luminosos  
desde las moribundas lejanías...

Luego bebimos locamente. Para  
brindar por todas las pasiones bellas,  
con devoción altísima, Zadara  
alzó la copa bajo las estrellas.

Yo vibré de celestes emociones,  
como si fueran en aquel instante,  
a caer todas las constelaciones  
en su pequeña copa de bacante.

Después, bebió y me dijo: Soñaremos  
con orgías y yo triunfaré en ellas,  
tengo en el corazón ritmos supremos.  
He bebido champaña con estrellas.

¡El milagro! ya las constelaciones  
no estaban en los hondos firmamentos,  
y las sombras, en nuestros corazones,  
se enroscaban como arrepentimientos.

Era una obscuridad trágica y nueva.  
Nosotros, ebrios, trémulos y mudos,  
nos estrechamos como Adán y Eva,  
sintiéndonos perdidos y desnudos...

Miré la copa lírica y vacía,  
y pude contemplar unos instantes,  
que en el cristal quedaban todavía  
aleteos de estrellas titilantes.

La tragedia pasó por nuestras vidas  
y el mar quedó en tal calma sumergido,  
que ambos, entre las sombras doloridas,  
sentimos como si se hubiera ido...

Y la terraza en la quietud nocturna,  
parecía una barca abandonada,  
que iba en la noche ciega y taciturna  
enfrentando la proa hacia la nada.

DANIEL DE LA VEGA.

## EL PERDÓN

(Para la Revista de *Artes y Letras*).

Manolo entró despavorido en la casa:

—¡Padre! ¡Padre! Al «Canelo» le ha mordido un perro rabioso. ¡Por ahí va! ¡Por ahí va! ¡Mire, padre, mire!

El tío Manuel tiró sobre el mantel la faca que le servía de tenedor y de cuchillo, y corrió hacia la puerta. Carretera adelante huía un can de hirsuto pelaje, colgante lengua y siniestra catadura. Las gentes corrían asustadas. Una madre que había dejado a su hijo, párvulo, sobre el camino, llegó, heroica, para salvarlo. El vecino más bragado de la aldea perseguía al can con su escopeta de chispa, largo tiempo colgada en un clavo, ferruginosa e inerte. Pero el can rabioso emprendió veloz carrera, y no tornó a vérselo más.

A poco, trémulo, cabizbajo, todo horrorizado, llegó «Canelo» a su casa. Manolín, el hijo más pequeño del pescador, se asustó mucho al verle.

—Le ha mordido, padre. Mira qué herida trae. ¡Le mordió! ¡Le mordió!

Entonces reparó el tío Manuel en «Canelo», y vio la huella sangrienta de unos colmillos en el mismo pestorejo de su can. El pelo estaba revuelto y manchado. La herida, honda, fiera, en carne viva, se ofrecía terrible. «Canelo», aun tembloroso, llegóse hasta el umbral, y se tendió lentamente, sumiso y gazmoño,

como si barruntara un peligro y quisiera hacerse el cándido para alejar su posible desdicha.

La tía Nicolasa, que había abandonado también su yantar, y que había acudido para ver al perro herido, no se atrevió a mirarle a su marido a los ojos. Pero éste se volvió hacia ella, y como si respondiese a una pregunta, exclamó:

—Sí... Hay que matarlo. Puede morder al niño, a sus hermanos, a cualquiera. Así que comamos lo llevaré al río y lo ahogaré.

La tía Nicolasa se opuso. Tal vez el otro perro no estuviera rabioso. Quizás fuera un can hambriento y sin amo al que hostigara la gente sin razón. Podría «Canelo» no contagiarse. Además, el veterinario del pueblo vecino tenía unas inyecciones que sanaban de la hidrofobia a las personas. ¿No curarían también a los perros?

Pero el tío Manuel se indignó. Ni un minuto más estaría vivo «Canelo». Podría morder al chico por cualquier motivo, y entonces, ¡adiós tranquilidad! Las inyecciones aquellas costaban un sentido. Tres duros lo menos. En seguida se iba a gastar él tres duros en curar ¡a un perro! ¡Y a un perro sin raza, ya no mozo, que sólo servía para dar cuatro ladridos en la noche! Sentía, eso sí, lo acaecido; pero el río lo resolvería todo. Precisamente había de salir aquella misma tarde a echar las redes, pues le habían advertido amigos suyos la presencia de pesca abundante.

Acabaron de almorzar en silencio. Cuando echó el tío Manuel su último trago, cogió el gran manajo de las redes y salió al camino.

«Canelo», grandote, fornido, hermoso, parecía haber envejecido rápidamente. Su mirada era plañidera, y su gesto muy triste, desoladamente triste.

El tío Manuel le silbó:

—¡«Canelo»!

Y «Canelo» se levantó, dócil, y siguió sus huellas.

No más de mil pasos, más allá del bosquecillo, espeso y deshabitado, estaba el río. Como era la hora de sestar, el río ha-

llábase desierto. Las aguas, verduzcas y pandas, corrían suavemente. Ni una embarcación surcaba la grande anchura en silencio. Se oía el croar intermitente y asustado de alguna rana tímida. A lo largo del río se vislumbraba el mar, inmenso y azul, donde bulliría la pesca.

Atada a una fuerte estaca de la orilla que servía de muelle a los pescadores ribereños, estaba la barquita frágil. El tío Manuel brincó dentro. «Canelo», como si recelase algo, tardó en saltar. Miraba la barca, miraba a su amo, movía la cola con aduladora cortesía; pero no osaba penetrar. El tío Manuel acabó por encolerizarse:

—¡«Canelo»!—gritó imperativo.

Y entonces la víctima saltó perezosa.

Como el río estaba encalmado, la operación fué muy sencilla. El tío Manuel desató la cuerda que circuía el tolete y desenganchó la cadena de proa. El bote se puso en suave movimiento. Luego agarró los remos el tío Manuel, y se puso a remar hasta el centro del río. «Canelo» se había refugiado bajo una banqueta. Dos remadas más y el pescador eligió sitio. Estaban en la mitad, muy lejos de ambas orillas. El perro no tendría vigor para llegar a tierra. Además, aunque llegase... El río era hondo y carecía de playas. No, no podría salir. Le dió un poco de pena. Se detuvo un instante como arrepentido. Luego, repentino, cogió a «Canelo» con sus manos fuertes y lo arrojó al agua.

El chapuzón fué grande. Las salpicaduras mojaron al tío Manuel. El bote, aligerado de aquel peso tan súbito, vaciló un tanto. Parecía que el perro se había hundido para siempre. Empero, la cabeza del náufrago apareció en seguida. Y en aquellos ojos inocentes, cubiertos de espuma, había una mezcla de miedo y de estupor, y como una íntima esperanza.

La pelea que se sucedió entonces fué brutal, aciaga, monstruosa. El perro avanzaba hacia la embarcación, apoyaba sus manos en la borda, sacaba medio cuerpo mojado y convulso e intentaba izarse. Pero entonces el tío Manuel le daba un empujón con su botaza inmensa, haciéndole perder terreno y volviendo a sumergirlo.

Por cuatro, por cinco veces, se repitió el caso. Entonces, «Canelo» tomó el partido de llegar hasta la orilla.

—Se cansará—dijo el tío Manuel.

Pero no se cansó. Era un perro, no joven, pero fuerte y bravo. El terror a la muerte le prestaba inusitado valor. Llegó a la orilla e intentó saltar. Imposible. Un metro casi de tierra a pico, lleno de zarzas, de yerbajos escurridizos y enmarañados, eran inaccesible trinchera. El perro brincó, se afaná. Entonces, viéndose perdido, tornó a nadar hacia la barca. El tío Manuel se llenó ya de cólera. Aquello iba a durar un siglo, ¡pardiez!

El animal era tozudo de veras. Deslió un estorbo y cogió un remo, alzándole sobre su cabeza para dejarlo caer sobre el náufrago cuando éste se acercara. La escena fué súbita. Cuando el perro estuvo bien a su alcance, dejó caer el remo con violencia brutal, aunque estéril, pues el náufrago quedó ileso. En cambio, la frágil embarcación, de escaso calado y de somera ensambladura, vencióse. Y el hombre cayó al agua.

El tío Manuel creyó morir. Atarazado por la ropa, víctima de sus botazas enormes, íbase al fondo. Sintió que sus fauces tragaban agua con avidez de hidrópico, y que sus oídos parecían ir a estallar. Su pensamiento era confuso y su voluntad parecía agotada. Y ya iba a perecer, cuando sintió que alguien tiraba de sus ropas hacia arriba. Pudo sacar la cabeza. Los pulmones se le llenaron de oxígeno. Vió el sol, y le pareció verlo tras enorme ausencia. Vió la orilla, la tierra verdeante, las casas blancas, risueñas y remotas, y le entraron inmensas ganas de vivir. El perro nadaba con vigor último y desesperado hacia el bote, arrastrando a su dueño.

Cuando llegaron, el tío Manuel se asió a una borda y esperó para tomar aliento. Después, dando un brinco formidable, trepó rápidamente. «Canelo» nadaba pegado al bote. El tío Manuel se agachó para trincarlo de una pata. Remó. Desembarcaron. Y mientras ambos regresaban a la casa, mojados y hecatómbicos, el tío Manuel miró al perro en sus ojos como para demandarle perdón.

Y en aquellos ojos humildes leyó una felicidad tan grande, que se puso a llorar como un niño.

LUIS ANTÓN DEL OLMET.

## LAS ELEGIDAS Y EL VULGO

Para Iris, fraternalmente.

Aquellas ideas de progreso femenino, que antaño parecían ser una utopía, van, año por año, abriendo trocha en el pesado ambiente que resabios coloniales hacían ya irrespirable. Un puñado de mujeres inteligentes abogan, desde su sala escritorio o desde la pequeña tribuna del Club, con los argumentos del ejemplo y combaten con las armas del talento y de la espiritualidad.

Inspirada en este núcleo de vanguardia, irá formándose poco a poco, la futura masa femenina, definitivamente depurada de atavismo de indolente puerilidad, por la potencia de una voluntad robusta, y del veneno de los prejuicios, por la fuerza misma de los hechos.

Son las mujeres espirituales de hoy, la base del edificio social que recién surge del páramo intelectual femenino; son las valientes luchadoras que miden sus fuerzas con el gigante de la opinión, parapetado tras las añejeces seculares, puntos de apoyo de las almas perezosas.

Si son las precursoras, suelen ser también las víctimas expiatorias. Apartadas de los unos por sus ideas, de las otras por su superioridad, encuéntrase en un temible aislamiento, blanco de todas las bajezas. Si algunos hidalgos paladines hacen suya, por convicción, la causa de ellas, cuántos enemigos solapados

no surgen a su derredor con ese prurito de las almas rastreas de rebajar hasta su nivel a las que presienten superiores.

La mujer intelectual moderna es la piedra de toque de todas las injusticias de que viene padeciendo nuestro sexo y que el vulgo encarna en ellas, por el hecho de ser la primera que pretendió sacudir el pesado yugo.

Toda evolución trae consigo convulsiones y desórdenes de cuyo caos surge la verdad; la ruta normal que ha de ser en lo futuro amplía vía de progreso. Son las mujeres que encabezan el movimiento feminista, las llamadas a sufrir todos los sinsabores de este estado transitorio en una génesis iniciada por fuerzas superiores, que nada podrá detener y para cuyo desenvolvimiento fueron creadas ellas por el Destino, que no es sino la estética del Universo.

Sufren ellas las incompresiones del vulgo, como las sufrieron antes, todos los implantadores de doctrinas; mientras más en alto han puesto su mirada, con más fruición se pretende hacerlas descender del solio formado por sus propias convicciones.

Es el vulgo un niño inconsciente y perverso que insulta por que no comprende y que adoraría si comprendiese...

Encaminan a sus hermanas estas mujeres dilectas, por la senda de la espiritualidad, la única conforme a la estética femenina; esta senda requiere más poesía que fuerza, más saber que belleza plástica. Los hombres, junto con reconocer su ascendiente y deleitarse con el perfume de arte que emana de ellas, se complacen en desconocer los gestos de su vida evolucionada hasta esferas superiores del sentir y suelen juzgarlas según el estrechísimo criterio de las almas infantiles. No piensan ellos que, si el que SABE no puede volver a la ignorancia por más que se empeñe, el individuo, sea hombre, sea mujer, que haya traspasado ciertos límites espirituales, no podrá jamás desandar lo andado, ni guiarse por las mismas máximas de aquellos que aun no han dado un paso en la luminosa senda del refinamiento espiritual.

Pero el vulgo que juzga los sentires ajenos según el propio sentir, no hace diferencia alguna entre la mujer de letras y la mujer del peluquero...

A los crueles desconocimientos, a las añorantes ansias, a esa «eterna sed» que anida en las almas sensibles, viene a agregarse la amargura intensa de la acibarosa calumnia.

Las especies que los seres retrógrados de esta tierra, espacionaron cuando la fundación del Club de Señoras, por ejemplo, suelen alimentar las imaginaciones respecto a la mujer que se atreve a levantar su voz para señalar al público los defectos de él.

Ciertas mujeres por envidia, ciertos hombres por conveniencias políticas o personales, emprenden una guerra sorda y sin cuartel con el fin de verles abandonar el campo. Por suerte, la estrecha masonería de los espíritus afines, va formando una masa compacta y resistente contra la cual no valen los ataques.

Las mujeres que llevan dentro de su cerebro el rumbo de la nave femenina, no habrán de acobardarse ante las amarguras personales por que no podrán olvidar que su voz es el clarín sonoro, que en medio del combate lleva los soldados a la victoria.

CLARY.

## EN LA PRADERA

Cuadro de Rafael Correa. Museo de Bellas Artes.

En los momentos de lasitud o de melancolía es para mí una necesidad volver a la sonrisa de los confines agrestes. Al recluirme en su frescura, vuelvo a tomar el perdido contacto de la realidad, a sentirme, otra vez, enlazado a la vida de las cosas. Y si mi vuelta es, no a una campiña cualquiera, sino a las que ví de niño, mi alegría es más dulce aun, porque me parece tornar a la edad en que las admiré con mirada inocente. ¡Qué bella y enaltecedora es la obra del artista que nos da en sus lienzos los más claros aspectos de la tierra nativa! ¿Cómo no saludar en él al inspirado que dice cuanto hay de luminoso y augusto en el suelo que amamos? Su obra no es simple motivo de delectación retiniana, pues si con sus líneas y matices nos recuerda los paisajes que hemos visto y a que inconsciente o conscientemente la comparamos, por lo que insinúa, por su colorido moral, por las reminiscencias que de nuestra vida evocan sus bellezas familiares, adquiere un valor emotivo que no puede ser igualado por ninguna visión exótica. Es un principio de alegría serena, de impulso hacia la divagación translúcida y casi religiosa; algo que se sobrepone, para el artista, a la realidad. Por eso, en los momentos de lasitud o de melancolía, gusto de esos lienzos vivificativos, de los que me llevan a los campos de mi tierra, todo luz, verdes y aromas.

El que tengo delante de mí es vasto; un minuto de vida rústica impregnado de alegría por el efluvio del pasto, la tibieza del sol, la frescura del aire: a la húmeda claridad de la mañana, un grupo de vacas indolentes viene; una, de las últimas, de las medio desvanecidas por la distancia, se detiene y mira insegura tal vez de su camino; otra, más visible, se inclina, husmea y roza casi, con los belfos, el polvo; y la guía del grupo, la más definida y real, llega, espirando aliento vaporoso, al término primero, al principio mismo del cuadro, donde un rayo de oblicua y ambarina claridad tiembla en el ocre de su piel rojiza. Es la más bella. La línea de su andar inicia el movimiento del grupo. Y, como no hay punto de luz que, por su fijeza impida seguir con la mirada el despliegue de los tonos matutinos, ni línea que, por inmóvil, detenga las enlazadas siluetas de las vacas, imagino su avance perezoso, y, de vaivén en vaivén, las siento venir, acercarse. Su paso tiene las cadencias de una geórgica y sus pelajes, húmedos por la niebla matutina y avivados por la sombra que los precede, definen claramente sus manchas bajo los grises y las rosas del cielo.

\* \* \*

Al detener la pupila en el conjunto de la obra me doy, antes que a nada, al lineamiento de la vaca guiadora y a su enlace con el grupo. No niego que hay en el lienzo reminiscencia tro-yoneana, por lo que no debería buscar en él la luz ni el carácter de nuestras perspectivas agrestes; pero, como la verdad de un tema pictórico surge menos de la exactitud de las cosas reproducidas que de la viveza del sentimiento de realidad suscitado, me entrego a la fina y sosegada melodía de sus elementos evocativos que me hacen revivir, con alegría y frescura, mis impresiones de cielos, praderas y animales patrios.

El andar, lento y reposado, de la vaca guiadora rige la marcha del grupo. Su lineamiento corre por el vaivén de las reses desde la frente de la primera a la vaga silueta de la más distante; se aligera, huye por la perspectiva gris; pero, al

disiparse, vuelve y, definiendo cada vez más claramente los cuerpos sucesivos, llega al contorno del primero, desde donde, agotado el dibujo, huye de nuevo en suaves y entrelazadas divagaciones. La unidad de esta línea permite seguir el avance de las vacas sin que se vea, ni aquí ni allí, un punto en que su paso se detenga más del tiempo necesario para dejar de ser una pausa en el desarrollo de la marcha grupal. Es una fineza expresiva, pues no debió de ser obra fácil unir los distintos grados del avance taciturno en el orden que mejor correspondiese, por lo vario del movimiento, a la verdad de un grupo. Para llegar a esto, el artista recurrió tal vez a la ideación de las más diferentes actitudes de los animales; pero su tino visual le mostraría, antes de mucho, el orden empleado en esta obra, rico de serenidad y vida.

Su línea, que llega al confin, me induce, además, a estimar en toda su pureza el desvanecimiento perspectivico, aéreo, con que la luz contribuye a la verdad de las figuras, a la suave degradación en que se disipan los diversos pelajes. Es una fuga leve y blanda. Desde la pincelada firme, que modela la cabeza de la vaca guiadora, a la sutil y gris que indica la última, el desvanecimiento de los tonos es tan suave que la sigo con el agrado de quien siente alejarse, disolviéndose en el silencio, la melodía de un aire campestre. La tenuidad de esa evanescencia está unida al espíritu de las vacas. Al penetrar en ella, veo que el artista ha logrado, idealizadamente, el enlace de los seres con el aire que los circunda, lo que, por la agudez interpretativa que exige, es tan difícil de conseguir como indispensable para vivificar la belleza de las figuras. ¿Cómo asir las indefinidas relaciones de su sensibilidad con la luz y el aire? ¿Por qué lo suscitado en el artista por un aspecto de la naturaleza no se produciría también en las reses, si no con la misma intensidad, con la suficiente para que se revelase en su mirada, en su actitud? ¿No sería admisible que se intentase acordar su instinto con los elementos naturales que puedan, por la similitud de su colorido o entonación, relacionarse con él? ¿No hay luz propicia a lo que insinúa un continente, una mirada? El animalista debería tomar de lo aéreo los elementos vivificativos de lo que

interpreta, esclarecer con ellos la verdad de su tema; coger, del aire tranquilo, serenidad, y del revuelto y avivado, no por la luz matutina, sino por la calidez de la tarde, vehemencias y ardores para desleirlos en el gesto o en la actitud de sus figuras. Estos sutiles enlazamientos de vida entre los seres y su atmósfera enaltecen el mérito de la visión en que se insinúan dirigidos por el sentimiento, ordenados por el alma.

Es cierto que, a veces, se inducen más que se ven esas indecisas afinidades aéreo-morales, pero en este lienzo no: son reales. ¿Cómo decir la alegría con que las inquiere la pupila? Sí, el pintor ha conseguido el acuerdo de lo más expresivo de la vida del grupo con el aire gris, esclarecido aquí y allá por indicios de cielo y comienzos de sol. La unidad del gris con la pasividad anímica o la melancolía—una de las más íntimas concordancias de los tonos de la luz con los estados morales,—aparece, así, visible y clara. Y, como es posible suponer que lo dominante en la vida interior de las vacas sea la morosidad de ese matiz espiritual, la turbidez del aire matutino se relaciona no sólo con el instinto de ellas, sino con su andar perezoso, desplomado. Además, para esclarecer la unidad de su obra, el artista ha conseguido que el acuerdo entre el espíritu de las reses y las turbias claridades del aire se extienda más allá del primer término del lienzo, que llegue al último, adonde el violeta de los cerros distantes se aduerme bajo la niebla plata y rosa de la mañana.

Unir un grupo al aire que lo circuye es, sin duda, difícil, pero es algo más unirlo al tono de la lejanía, para que la mirada pueda deslizarse, sin interrumpir el sentimiento que nos domine, desde la figura del primer término a la evanescencia del confín. Al discurrir por este motivo agreste, al ir desde la vaca delantera al más indeciso matiz de los verdes lejanos, me 'guía el deleite de ese enlazamiento; llego a las nieblas últimas y, perdido en su opalescencia, me doy a sentir cómo el más puro de los principios vitales, el suscitador de esa claridad blanca: la alegría, se remueve,—tal vez con la misma frescura con que en la sensibilidad de los animales a la vista de la luz y del pasto,—en el gris de las nieblas moradas! La lejanía se define relaciona

su vaga translucidez con la fuerza que guía las vacas; une la mañana del espíritu animal, el instinto, a la mañana de la tierra. Lo preciso y apropiado de este enlace demuestra cómo el confín, dentro de sus límites expresivos extremos,—lo frío y lo mustio, lo vivo y lo ardoroso,—puede ser el desenvolvimiento del rasgo principal de una vida, el aire en que flote su ensueño; algo, en fin, que la avive, esclarezca o decore. Frente al lienzo sin profundidad, y de luz fija, inmóvil, que presenta seres o cosas estáticas, el alma se inmoviliza también, pero sufre por no poder difundirse con la amplitud de cuando, después de admirar una figura o grupo unido por relaciones expresivas al aire que lo circuye, logra perderse en su último término; ir, volver, divagar y reposarse, por fin, en la recogida serenidad de la contemplación. Para ello, la obra requiere un fondo, algo que nos impulse a seguir la melodía iniciada por el desenvolverse de los matices en su fuga hacia el confín; todo lo que nos lleve a lo más remoto del lienzo, desde donde, agotado el tema, podamos volver al punto de partida, y luego a nosotros mismos, para seguir por nuestra lejanía interior la resonancia de lo que admiramos. La mirada que se extiende por lo infinito, ahonda el alma; nos abre en cielos, en abismos... Por eso en el motivo de una obra, que se une, ilimitadamente desenvuelto, a un horizonte hallo, además del goce visual de discernir los matices, un principio de ensueño, un comienzo de eternidad.

\*  
\* \*

Por la verde pradera, los animales vienen, indecisos, tardos. Diríase una imagen de la vida, de los seres que van manchando, con la sombra de sus cuerpos, la pureza de las flores. Hay en su andar, no sé qué instintiva medrosidad ante el espacio. ¿Arderá en ellos la chispa de inquietud que me atemoriza frente a lo desconocido? ¿Sentirán el pavor de saberse víctimas en el sacrificio de seres que desde el origen de la vida celebra la naturaleza en oblación a quién sabe qué divinidad? Su lento y resignado andar remeda la marcha de los grupos votivos. Mas, si su laxitud se presta a disquisiciones disolutivas de la

emoción risueña y agreste, si insinúa la fugacidad de la vida, si me deprime, el esparcimiento del cielo me alborozaba... Después de seguir el desenvolverse de la línea, que me constriñe a lo preciso, ¡con qué lenta y divagadora mirada me entrego al cielo! Al apurar mi delicia, admiro la capacidad que tiene Correa de enaltecer con el color libre, combinado en la idealidad de lo indeciso, el aspecto de las cosas. Obligado a definir el perfil de las vacas aun en las menores inquietudes de su dibujo, debió de precipitarse a la evocación del cielo matutino con la misma alegría que revuelve los arabescos de las nubes, pues su espiritualizada levedad dice que el pintor, al colorirlo, siguió menos la imagen rememorativa de una mañana campestre, que el placer de que se sintió embriagado a la visión de sus espacios libertadores. Ese desleimiento de vida, esa delicuescencia psíquica en el cielo, es una de las sutiles bellezas de su interpretación de la mañana. Es cierto que el artista, aun el que menos se difunde en las cosas, esparce en el lienzo la luz emotiva de que se sintió saturar al paso fugitivo de una visión, pero el tono de esa luz no se define siempre de modo tan visible que logremos discernirlo sin indecisiones. El cielo de este minuto agreste ha sido interpretado así; su ligereza tiene algo de la alegría, más del artista que del aire, que vemos en el lirismo plateado de algunas nieblas de Sisley; no es, como la de otros cielos, indeterminada, insubstancial, sino la clara y fresca de las evaporaciones matutinas.

Su frescura es la promesa del día, y está no sólo en el matiz, sino en la pincelada, tan aérea que, al estudiar el espíritu de ésta gris o de aquella rosa, me hundo, sin ver ni escurrimientos ni oleosidades de pastas, en transparencia de aire. Su vaguedad es tal que me desorienta, pero la luz, que descende, por el giro de las nubes cadentes, al confín, me guía; la sigo; veo allá, donde la mirada desfallece, una nota vívida: el relucir de unas aguas amarillecidas de sol. Me poso, un instante, en ellas, y para justipreciar la distancia en que relucen, me retiro de término en término de la llanura, hasta el borde mismo del lienzo, hasta el ocre rosa de las primeras manchas de tierra. Después, seguro de mi punto de partida, y limpia la pupila de los mati-

ces que en ella sobreviven al desleimiento de la visión, vuelvo a mirar la pradera. La sucesividad de sus tonos, cada vez más descoloridos, huye definiendo una gama de verdes vegetales húmedos, que me lleva, de nuevo, al punto lejano en que el artista esfumó las yerbas, tanto para dar lo indefinido del confín, como para evitar el contraste de sus verdes con los violáceos de los cerros apenas visibles, para no transgredir uno de los más frescos principios de las melodizaciones coroteanas. Llego, pues, al último término de la pradera, tiemblo en el brillo de las aguas, me dejo tomar por el contorno de una nube que asciende, me uno a sus amarillos blanquecinos, a las lentas y grandes manchas rosas de otras nubes, y antes de perderme en su vértigo, absorbo, en toda su amplitud, su belleza. Al serenarme, veo que hay en ella, por el sutil acuerdo de los vapores con la suavidad de las tintas, mucho de la gracia que resulta de la correspondencia entre el movimiento del cuerpo y su alma, que es, en las nubes, el color. La luz va, por ellas, ligera y blanda, y, al desdoblarse en el tumulto de las manchas risueñas, se desmenuza en matices vagos. Su idealidad me satura de alegría, y así embriagado, atravieso sus turbulencias aéreas, y descendiendo hasta posarme de nuevo en los amarillos que tiemblan sobre las aguas remotas.

Me detengo; cierro los ojos; mas, después de un instante de languidez, vuelvo a mirar la indecible belleza de la mañana; no me deslizo ya por la línea de las nubes. Desearía prescindir de todo lo que pueda retenerme sometido a lo real, del dibujo, de la forma. El impulso que remueve la diafanidad de los matices aéreos es, para mí, algo que me deja ver, con serena libertad, la filosofía del pintor, diversa de la frívola de muchos artistas chilenos. La indiferencia no es la substancia de sus creaciones. El sabe que sin alma no hay vida; que las cosas son más que sutiles equilibrios de energías, que simples aglomeraciones de moléculas; sabe que tienen un espíritu, algo que las individualiza y las acuerda con los más elevados conceptos filosóficos que sobre la naturaleza circulan hoy. Por eso las ve con vida tan amplia y risueña. Su voz de artista, lo que define su pensar, el acento casi abstracto de su luz, ese que fué para los bizantinos,

místico, para los renacentistas, pagano, y para los luisistas, galante y sensual, es para él, sereno y gozoso. Al seguirlo en sus matices disertativos, veo que, a pesar de su idealidad, no se deslía en el ansia de un más allá de lo visible, en la esencia del matiz, en la metafísica de los colores, sino que se mantiene, decidido y claro, dentro de las bellezas eglógicas de la tierra.

\* \* \*

Mas, si es la luz de mi espíritu, antes que la del día, la que se difunde por el paisaje que veo, ¿no habré alterado el sentido de este minuto agreste, al modificar, con mis divagaciones, mi estado de ánimo? La influencia de lo que sentimos al discurrir sobre las impresiones recibidas de una obra pictórica es origen, sin duda, de ensueños; pero la mente ágil, aun alejada de la chispa cromática de que partió, no tarda en volver, cada vez que se desorienta, a ese punto sensitivo, centro de lo que admira. Por eso, a pesar de que la más sutil de mis percepciones lumínicas es suficiente para disolverme en comentario que, voluble como mariposa, va de los tonos mustios a los risueños, apenas llegó a cierto límite de esfumamiento ideológico, torno al punto de que emprendí el vuelo divagador. Así, después de inquirir en la luz de esta mañana, de seguirla aún en sus minucias de ver cómo un comienzo de sus amarillos al alegrar, allá, el gris de una nube la hace florecer en leve, en ilusoria sonrisa violeta, y de admirar la gracia de las penumbras que modelan, acá, las grandes manchas del cielo; después de sentir, en fin, su vida, vuelvo a la pradera, a las vacas.

La res guiadora viene, inconfundible, lánguida, tarda. Su lineamiento fluctúa, se desploma en el paso taciturno; y su vida, indecisa, viene impulsada menos por el instinto que por la luz. Es, sin duda, la más viva y bella. No hay en su faz nada que luche por salir del límite en que se detienen reposadamente los rasgos de los animales; nada del gesto que suele indicar, en su fisonomía, no sé qué íntima correspondencia entre la mirada y la actitud. Uno de sus ojos, es cierto, trae chispa vívida, pero el paso, inseguro y lento, la atenúa. Si esa chispa pudiese ser con-

siderada como indicio de voluntad alerta, me daría a indagar en ella: mas, percibida como reflejo, no como fulgor anímico, me entrego, antes que a su significado, a la belleza de la res. Ella es el centro del motivo, y demuestra que debió de ser vista con exquisitez y ternura. Sólo se pinta bien lo que se ama, dijo Bastien Lepage. La línea de su avance, insinúa lo inseguro de su existir y me lleva a pensar en la melancolía de esos corazones casi vegetalizados por su vitalidad, retráctil y expansiva, que los aleja del frío y los impele a buscar, como las plantas, la tibieza del sol. Medito, sueño; y así, casi absorto, siento que el paso del grupo se aleja y se pierde abajo, en el silencio de mi sensibilidad bruta, en el más allá del dolor, mientras el desenvolvimiento de las luces del cielo me disuelve, de grado en grado de azul, en lo infinito, en el más allá de la alegría... Es el dominio de la impresión primera: del aire libre, de las vacas taciturnas, del campo abierto, de las nubes rosas.

MIGUEL LUIS ROCUANT.

Del libro inédito «Tierras y Cromos».

## INVITACIÓN MEDIOEVAL

(A Malva, Reina de los Juegos Florales).

Se aduermen los cisnes de agreste laguna;  
romántica guzla preludia un rondel;  
detienen sedosas amarras de luna  
al pie de tu alcázar, alado batel.

Armónica y nívea, Reina inaccesible,  
la fronda a tu paso se arquea en dosel;  
y errantes troveros, que aman lo imposible,  
tejen a tus sienes lírico laurel.

¿Te embarcas?... La aurora descñe sus tules;  
deshoja el lucero pétalos azules,  
y aguarda la góndola tu huella de flor...

A país ignoto su brújula avanza:  
vamos los enfermos de desesperanza,  
las almas que mueren de ensueño y amor!

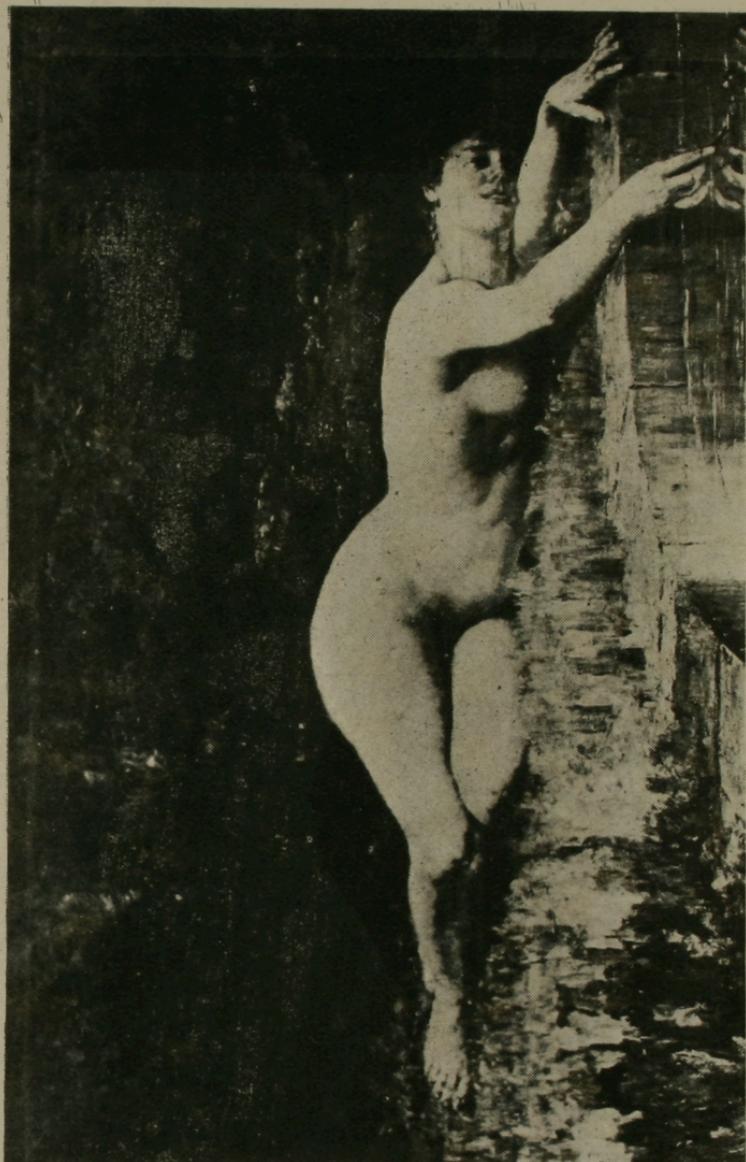
A. MAURET CAAMAÑO.



ESCULTURA DE LA SEÑORA REBECA MATTE DE ÍÑIGUEZ



ESCULTURA DE LA SEÑORA REBECA MATTE DE ÍÑIGUEZ



NÁYADE

A. VALENZUELA PUELMA



## CUESTIONES INTERNACIONALES

La política internacional chilena ha tenido, como la de todos los países, caídas y triunfos.

¿Hay conveniencia pública en que se ignoren los nombres de los que han causado las primeras y los nombres de los que han alcanzado los segundos?

Los artículos de esta Sección, escritos por quien ha penetrado el misterio de nuestra diplomacia, levantarán hasta donde sea patriótico hacerlo, el velo que sigue cubriendo las figuras de los unos y los otros, de los incompetentes y de los hábiles.

El primer artículo que escribimos sobre nuestras cuestiones internacionales, —publicado en el número I de esta Revista,— ha producido el efecto de una amenaza, de un peligro para los que se saben estar entre las personas que posiblemente serán censuradas en estas páginas.

Tenemos sobre nuestra mesa de trabajo, al pie de un orngután de bronce que examina desde hace diez lustros, un cráneo humano, antelada caricatura del «El Pensador», de Rodin, varias esquelas, finas algunas y torpes otras, en las cuales se refutan nuestros comentarios sobre la neutralidad de Chile, se

nos afirma que la misión de don Rafael Blanco es muy importante y se niegan los talentos del Ministro Huidobro.

—Bien, hemos dicho al leer las primeras: la controversia amable es un agrado, la refutación aguda, una delicia; y mal, pésimo, hemos exclamado al leer las otras, las torpes, porque la frase agría, antes que desvanecer un cargo, lo confirma y porque, además, quien comete atentados contra el lenguaje, puede, por la misma razón,—la ignorancia,—cometerlos contra el país.

Y como no es posible volver atrás, ni, para que el público juzgue, publicar esas cartas seguidas de una reiteración de nuestros cargos, nos diremos como Virgilio a Dante en presencia de aquellos seres desdeñados por la justicia y la misericordia:

Non ragioniam di lor, ma guarda, e passa!

Y pasaremos, esto es, seguiremos en nuestra obra de información depurativa...

## I.—Chile en América

Ha menguado la propaganda hecha a la Conferencia de Neutrales que debería, como todo gran acontecimiento sudamericano, celebrarse en Buenos Aires, olvidados, tal vez, sus promotores, de Montevideo que, por su situación y su carácter, debiera ser La Haya de Sud América.

La idea, en principio, no es mala; se trataría de ponerse de acuerdo sobre lo que deben hacer las naciones de este continente en presencia de la guerra europea, sólo que, de seguro, el resultado de esa reunión de pacíficos, sería el mismo de las reuniones de los belicosos, es decir, ninguno; porque a esas conferencias los delegados concurrirían con un intento ostensible: la conveniencia de los países sudamericanos, y con otro velado: la conveniencia de sus respectivas naciones, buscada a despecho de las ajenas. ¿Qué país iría a esas conferencias dispuesto a ceder algo de lo propio en beneficio de lo común? No habría, en realidad, más programa que echar las bases de la futura unión aduanera de las naciones latinoamericanas, y ello

es, como se comprenderá, una utopía. Caerán luengas lluvias antes de que se fije la equivalencia de los vinos chilenos y de los carneros argentinos. Esto es un axioma entre los economistas separados por los Andes.

Con motivo de uno de los ya muchos discursos de Mr. Wilson, en que trató de la cuestión de Alsacia y Lorena, se ha hablado con todos los acentos característicos de los diversos países sudamericanos, de Tacna y Arica. Estas dos celebridades deberían ser devueltas, sin demora, a su primitivo soberano. Los sostenedores de esta idea olvidan que no hay paridad posible entre Tacna y Arica, y Alsacia y Lorena. La conquista de las últimas fué motivada por una guerra que provocó Alemania. (¿Fué ella la que provocó la guerra del 70, como lo quiere, entre otros, Olivier, en su interminable obra sobre el Imperio Liberal, desdeñando el parecer de Jules Simon que encontraba el origen de esa guerra en la aventura de Méjico, que desprestigió el Imperio; el de John Lemoine, que asegura que toda la Francia, que todo el mundo en Francia quería la guerra, y, por último, la opinión del profesor inglés Wiriath, que recuerda, como una revelación del pensamiento napoleónico, la frase de la Emperatriz Eugenia: «Sin una guerra mi hijo no será Emperador»? ) La conquista de Alsacia y Lorena, decíamos, fué motivada por una guerra que provocó la Alemania, mientras que Chile fué provocado el 79 por el Perú, como lo demuestra con irredargüibles razones y aplastadores documentos, nuestro egregio historiador don Gonzalo Bulnes, en su magnífica obra: «Guerra del Pacífico».

El discurso de Mr. Wilson ha sido una brisa para las frentes de los peruanos que sueñan con el desquite, una brisa que esperan ver convertida en viento de gloria. Esta esperanza es nefasta, un peligro para la paz sudamericana y una preocupación perjudicial para la enseñanza de la juventud, que ha de ser serena y no incitadora de los gritos de odio como los que se oyeron en Lima con motivo de la visita de los boys scouts bolivianos, gritos que intentaron conspirar (valga el latinismo, porque traduce dignamente uno de los verbos caros a Plauto), desde lejos, eso sí, la dignidad de nuestro país, y que no se re

dujeron a remover el aire, ya que despertaron el intento de reanimar la antigua confederación Perú-boliviana, como lo demuestra el siguiente programa de un concurso a que ha invitado la Federación de Estudiantes del Perú y que versa sobre la unión Perú-boliviana:

Programa del concurso: I. Las razas indígenas. II. La unidad colonial. III. La unidad en la guerra de la independencia. IV. La confederación santacrucina. V. Primer intento de reunión. VI. La primera guerra Perú-boliviana con Chile. VII. La confederación de los Estados Unidos Perú-bolivianos en la segunda guerra con Chile. VIII. Razones permanentes para la reunión de los dos Perús. IX. Obstáculos e imposibilidades actuales para su unificación.

Conocido el espíritu de la juventud peruana, suscitador y director, como en muchas partes, de los entusiasmos del pueblo, nos explicamos perfectamente que el Gobierno de la Moneda impidiese el viaje a los estudiantes chilenos a Lima. Esa visita habría sido desastrosa. Por suerte para nosotros, la Cancillería chilena tuvo conocimiento de los subpreparativos de la juventud y el pueblo peruanos, a los cuales no se sabe hasta hoy si prestó o no su concurso Bolivia, pues nuestro Ministro en esta nación, señor Vergara Clark, no se dió, ni en consecuencia, dió cuenta de nada de lo que, probablemente, se urdió a la sombra misma de su apuntado... Es unánime la opinión de que el señor Vergara Clark no estuvo en esos momentos... ¡ni en otros! a la altura de su cargo.

Las manifestaciones de la juventud Perú-boliviana nos advierten de que es ya llegado el tiempo de que nuestra Legación en La Paz sea servida por persona de primera calidad como talento y cultura. Tenemos con Bolivia intereses comerciales que deben llevarnos a un tratado que los rija en armonía con las conveniencias de ambas naciones. Pero esto no ha de ser sino después de maduro estudio del asunto, a fin de impedir las interminables discusiones que suscitan los proyectos elaborados a la ligera, con más base de buena intención que de serios y documentados estudios. Para esto debería nombrarse una comisión de personas especialmente preparadas, tal

como la que hubo y habría conveniencia en restablecer, en el Ministerio de Relaciones Exteriores, para todo lo concerniente a la cuestión de Tacna y Arica.

## II.—Chile en Europa

La propaganda hecha a la idea de que Chile debe unir su política internacional a la de Estados Unidos, para evitar que esta nación nos mire con desconfianza, lo que podría envolver peligro para nuestro porvenir, ha continuado en forma nueva. Ya no son los imperativos cablegramas de un periodista chileno en viaje, cuyo anglicismo se agravó al contacto de su ambiente de adopción; ni los intentos de uno de nuestros Ministros diplomáticos de dirigir, desde brumoso punto de la tierra, la política internacional de Chile, olvidándose de que para ello sería preciso que el Presidente de la República abandonase uno de los más sagrados deberes que le impone la Carta Fundamental, nó. La táctica de esos entusiastas es ahora otra. Fracasada la propaganda hecha desde allá,—la distancia es tiempo y el tiempo es frío,—han pensado en que, para que fuese fructifera, la propaganda periodística debería hacerse no por el corresponsal en Europa de uno de los primeros diarios de Chile: *El Mercurio*, sino por el corresponsal en Chile de uno de los principales diarios de Europa: *The Times*. Pero el nuevo procedimiento ha sido menos afortunado que el primero, pues si los pareceres del periodista chileno fueron recibidos, aun por la mayoría del país que es aliadófila, con signos que quisieron ser de benévola aquiescencia, las opiniones del periodista inglés han merecido la más franca reprobación, tanto que, haciéndose eco de ella, el teniente coronel de nuestro ejército, don Julio Brownell, exigió a ese corresponsal, señor Arthur S. Loveday, que rectificara sus informaciones, o si no, que le diera una reparación por las armas. El corresponsal rectificó, pero se ha quedado aquí, en la tierra de los insultados por él, con lo que ha demostrado noblemente que prefiere el terreno de la verdad al del honor....

Decíamos que los pareceres del escritor chileno fueron recibidos con benevolencia y ello era natural, porque a él se le pue-

den perdonar muchos yerros, primero, porque los dice bien y los ilustra mejor, y después porque se comprende que la natural hidalguía del extranjero lo haya hecho teñirse de las ideas dominantes en el país que visita; pero no pasa lo mismo con el escritor inglés. Sus comunicaciones no son pareceres personales sobre la conveniencia o inconveniencia de la política seguida por el país cuyo suelo pisa, sino informaciones calumniosas, lodo arrojado a la representación parlamentaria del pueblo chileno.

Nadie ignora que aquí, como en todas partes, los electores son venales, que se cotizan, particularmente o en grupo, según la importancia que los candidatos atribuyan a su triunfo... Decir esto es recordar una verdad, pero sostener que hay hombres públicos prestos a comprar la conciencia chilena con oro extranjero es proferir un insulto que cae directamente sobre los elegibles y los electores: es algo que en otro país de más limpia tradición electoral que el nuestro, se habría castigado con la inmediata expulsión de quien tales acusaciones hiciera. Por desgracia, no hemos vivido libre de esas influencias corruptoras. El corresponsal, en Valparaíso, de *The Times* ha de haber pensado, al formular sus cargos, que por donde una vez pasaron las libras bien pueden pasar los marcos, y que si en el balance de una sociedad comercial londinense apareció, hace algunos años, una suma de dinero entregada a un hombre público chileno.—¿Don Julio Zegers?—para dirigir las resoluciones del Congreso, no sería de extrañarse que aparecieran mañana, en el balance público de los gastos de Alemania, algunas partidas destinadas al clero y al ejército chilenos para dirigir también las resoluciones electorales de nuestro pueblo.

El comienzo del nuevo sistema de propaganda aliadófila, inútil desde el punto de vista de la opinión, que está en su inmensa mayoría con los intereses de la civilización latina, ha avivado el recuerdo de todas las fases del primer modo de propaganda y, entre ellas, el de la que, por lo que se verá más adelante, debió de ruborizar a su autor: el recuerdo del artículo editorial de *El Mercurio*, de 19 de Octubre de 1917, que marcará para siempre el límite de... amoralidad, querríamos decir benévolamente,

pero como lo amoral sólo pertenece, en el buen sentido nietzschiano de la palabra, a las actividades de la naturaleza que no se rigen por ninguna ética, emplearemos el término justo, o sea el límite de inmoralidad a que suele llegar el decano de nuestra prensa cuando en uno de sus poquísimos rasgos de franqueza abandona sus acostumbradas cordura y circunspección.

Los diarios chilenos no se han distinguido por su pusilanimidad; han tenido y tienen el mérito de ser valientes, de denunciar sin ambages los abusos y de atacar con vigor a las personas y las ideas que consideran perniciosas; pero si el defecto correlativo a su virtud los ha hecho caer en acusaciones violentas, fallidas, muchas veces, a la postre, no los había manchado, hasta ahora, con las confesiones que muestran a uno de sus más prestigiosos representantes, inspirado por la filosofía que declara este párrafo editorial:

«Pero la independencia de los países modernos es relativa, como la independencia de los hombres en la sociedad; *pueden hacer lo que quieran*, a condición de tener *amigos*, de seguir los *usos y prácticas comunes*, de sujetarse a las *costumbres y tradiciones del buen vivir*.»

Esto es la justificación de cuanto de bochornoso pasa en nuestra política, en nuestra sociedad y en nuestra vida de nación. Es la más estupenda lección de inmoralidad que se puede dictar desde una cátedra que debe ser de la más pura enseñanza cívica. Tratad, se nos dice, de tener amigos, de seguir los usos y prácticas comunes, de sujetaros a las tradiciones del buen vivir, y todo os será perdonado... No os señalo ejemplos, porque serían superfluos. Y si os extralimitáis, ahí tenéis esos templos que, semejantes al de la Misericordia que había en Atenas, mantienen en el más absoluto vigor el derecho de asilo de las acciones y los hombres: al templo de la Ley: los Tribunales; al templo de las Leyes: las Cámaras.

¡Nó! Ese editorial, que no podemos atribuir al culto y sereno espíritu de don Guillermo Pérez de Arce ni al de don Joaquín Díaz Garcés, necesita una explicación que desnaturalice sus términos; estamos prontos a dejarnos inducir en error, a no ver en las frases recordadas la voz de alguien que nos dice desde

elevada situación:—Vosotros, los que no delinquís, los que no habéis buscado el medio de tener *amigos*, de seguir las *costumbres del buen vivir*; los que ignoráis lo que es una inscripción fraudulenta de títulos agrícolas o salitreros o una fraudulenta operación de Bolsa, seréis siempre pequeños, porque, oidlo bien, hay una verdad enorme en el grito de ese personaje de Sudermann, en «Die Heimat»:

—¡Es preciso ser culpable para ser grande!

¡Ay del día en que el pueblo penetre toda la profundidad de esos consejos más disolventes que las más avanzadas ideas nihilistas o anárquicas, y más inexcusables aún porque no han surgido, como ellas, de la miseria y el dolor!

### III.—Las jubilaciones de los ministros diplomáticos

En el Presupuesto de Relaciones Exteriores figura una Partida destinada al pago de las jubilaciones y pensiones de los empleados del servicio diplomático.

Hay, entre los agraciados, antiguos y meritorios servidores del país, cuyos nombres llenan muchas páginas del archivo del Ministerio de Relaciones; pero figuran allí también personas que si han actuado en el elenco de nuestras legaciones ha sido ocasionalmente y sin que sus servicios hayan dado lugar a otra cosa que al olvido.

Esto proviene de un error legal; se ha concedido a los Ministros y Secretarios del servicio el derecho a jubilar, equiparándolos a los Ministros y sueldos de las Cortes de Justicia. Según esto, un empleado que jamás ha pertenecido al servicio diplomático, que ha sido supernumerario de un Ministerio, o Inspector del Instituto, o Subsecretario, o Secretario de una de las Cámaras y que se hace nombrar Ministro Plenipotenciario, merced a las todopoderosas influencias de familia, puede, después de un año, volver al país y jubilar con veinte mil pesos anuales, o más.

Sería conveniente reformar la ley haciendo la declaración de que, para jubilar, los años de servicio que se computen serán

los que el solicitante haya estado en el servicio diplomático, ya sea en el Ministerio, ya en las Legaciones.

El señor Guillermo Pereira Iñiguez, actual Ministro de Relaciones Exteriores, está en especial situación para concluir con el abuso a que aludimos y los demás que él ha de conocer, pues debido a su serenidad, a su buen criterio, a su cultura y a su preocupación por los servicios públicos, nadie atribuirá sus actos, como se hace con todos los que se quiere combatir, a intereses de bandería política, sino a un elevado espíritu de probidad y gobierno, mucho más cuando para ello contará con el eficaz apoyo de quien ha corregido y seguirá corrigiendo muchas de las corruptelas que nos degradan: el Presidente de la República.

E. DE SALAVERRY.

# Lied.

POESIA DE  
Goethe

MÚSICA DE  
P. Bisquertt

PIANO

*Adagio*  
*Dolcemente*



The piano introduction consists of two staves. The right hand (treble clef) plays a series of eighth notes: G4, A4, B4, C5, B4, A4, G4. The left hand (bass clef) plays a series of chords: G2-B2, G2-B2, G2-B2, G2-B2, G2-B2, G2-B2, G2-B2. The tempo is marked 'Adagio' and the performance style is 'Dolcemente'.

CANTO

*Adagio p*

*ten. rall.*

*ten. rall.*

*ten. rall.*

*ten. rall.*

Ne vous si-chez ja-mais les mes de l'a-



The first system of the vocal and piano accompaniment. The vocal line (treble clef) begins with a rest, followed by the lyrics 'Ne vous si-chez ja-mais les mes de l'a-'. The piano accompaniment (two staves) provides harmonic support. The tempo is 'Adagio p' and there are 'ten. rall.' markings above the vocal line and below the piano accompaniment.

mar e-ter-nel O'a l'a-il a de-



The second system of the vocal and piano accompaniment. The vocal line (treble clef) continues with the lyrics 'mar e-ter-nel O'a l'a-il a de-'. The piano accompaniment (two staves) continues with harmonic support. The tempo remains 'Adagio p' and there are 'ten. rall.' markings above the vocal line and below the piano accompaniment.

- mi e-ssu-yé le monde A - ppa - rait de -

sert et ri-de He - las! He: las!

*p* *piu mosso*

*p* *piu mosso* *a tempo*

Ne vous se-chez ja mais ja - mais

*p* *ten* *f*

lar - mes de l'a-mour ma-lé - - reux. FIN

*cresc.* *ff* *FIN*

## EL CERCO DE LOS BUITRES

(Del libro en prensa *Bajo la Cruz del Sur*)

Dejando los rincones de la agria serranía  
donde pasó el invierno, la manada volvía  
en busca de los llanos que calentaba el sol.  
Pasaban los rebaños llenando los senderos  
de bullicio y de polvo, mientras que los arrieros  
con sus ágiles perros, galopaban en pos.

Una potranca joven se desplomó extenuada  
sobre una de las lomas, en tanto la manada  
por la falda hacia el valle corriendo descendió.  
Sintió la triste un tiempo rodar por los peñascos  
el golpetear sonoro de los desnudos cascos  
y al fin sobre las yerbas exhausta se durmió.

Cuando volvió del sueño, sola y abandonada,  
como el ruido lejano del río en la hondonada,  
sintieron sus orejas un extraño rumor:  
y vió una banda enorme de buitres carniceros  
que, con roncosp graznidos y revuelos arteros,  
sobre ella desplegaron su negro pabellón.

Los vientos sosegados. El sol del medio día  
con su encendido manto de llamas envolvía

las lomas y las cumbres del áspero riscal;  
en tanto que de toda la redondez del cielo,  
cual si alguien los llamara, con su pesado vuelo  
nuevos y nuevos buitres parecían brotar.

Se levantó espantada, los pájaros huyeron,  
dando pequeños saltos; luego se detuvieron  
haciendo un ancho cerco que en torno la rodeó.  
Las aves gigantescas con su plumaje obscuro  
y sus alas abiertas, parecían un muro  
que la vara de un genio sobre la loma alzó.

Trotó primero inquieta, después llena de miedo  
corrió dentro del círculo de aquel estrecho ruedo  
y se detuvo al centro latiéndole el ijar.  
Las aves entre tanto con sus ojos ardientes,  
moviendo el abanico de sus alas potentes  
y estirando los cuellos, la miraban temblar.

Resuelta la cautiva, lanzóse a la carrera  
para romper de un golpe la formidable hilera;  
pero aquel muro vivo la paró en su correr;  
la envolvió un torbellino de garras y aletazos,  
los ojos le saltaron con recios picotazos  
y empolvada y sangrando cayó al suelo otra vez.

Y cuando entre las sombras, ya casi agonizante  
oía de las aves el aletear triunfante,  
un buitre gigantesco de un salto se acercó;  
y al abrir, ahogada por la sangre, el hocico,  
con un súbito golpe del acerado pico,  
como un sangriento harapo, la lengua le arrancó.

Al sentir de la herida los bárbaros dolores,  
alzóse loca sobre los remos tembladores  
y con sordos relinchos de cólera y pavor,  
rociando con su sangre los oscuros plumajes,

en el último arranque de sus iras salvajes,  
el cerco de los buitres con el pecho rompió.

Y cuando con las manos golpeando ya el vacío,  
a correr se aprontaba, con ímpetu bravío,  
tal como se abalanza sobre un potro un león,  
así sobre su cuello saltó un buitre rampante  
que, enredando las garras entre su crin flotante,  
en sus hinchadas venas el corvo pico hundió.

Y mientras que del buitre la figura sombría,  
aleteando en el cuello, de lejos parecía  
una negra bandera que el viento hacía ondear,  
desatentada y ciega bajó por la pendiente,  
abriendo las malezas con la llagada frente,  
golpeando con sus cascos el suelto pedregal.

Mas, luego sordamente se desplomó en el suelo;  
el ave de entre el polvo se levantó de un vuelo  
y la bestia al barranco rodando descendió.  
En el ribazo entonces paróse la bandada  
y con bruscos revuelos y con ronca algarada  
hacia el cuerpo sangriento, famélica bajó.

Y cuando la cuadriga de sombras avanzaba  
desde los negros llanos hacia la sierra brava  
a borrar en las cumbres los ósculos del sol,  
las bestias voladoras, ahitas y pesadas,  
como fantasmas fúnebres, durmiéronse embriagadas  
de sangre en los peñascos del hondo barrancón.

SAMUEL A. LILLO.

## A KEMPIS

Acaso tu verdad sea la única, asceta milagroso. Vamos por el mundo en pos de lo efímero, de aquello que dejará en nuestros sentidos un desaliento pertinaz.

Si no fuera por la contemplación de los árboles y los montes, nuestra tristeza continua nos arrojaría en un laberinto invencible.

Tú deseas que nuestros ojos se posen solamente en el cielo, en la visión sedante del Cristo.

La vida es una música triste: nada la regocija.

Las pupilas de las mujeres son una esperanza breve en el aniquilamiento espiritual.

Kempis, admirable y sereno, tu paz sería un collar de piedras preciosas sobre el corazón.

Pero ¿la conseguirá el humano que no haya destruído aún las ligaduras del mundo?

La rosa de los vientos dispersa nuestros deseos; vivimos en un vuelo como las aves; un minuto de júbilo sutil deja un rastro de cilicio desesperante.

¿Estaremos perdidos en el tumulto?

Cuando un sentimiento se hace sólido y amado en nuestra alma, sentimos la admiración y el espanto poderoso de tender los ojos al cielo en la noche.

Aun para alegrar una hora, poseemos la virtud de encantarnos en la sonrisa de los niños.

Maestro: necesitamos la paz que tú gozabas, saboreándola como un fruto maduro.

Nuestro espíritu gira en un remolino espantoso, como un pétalo de rosa cogido por un ciclón.

Somos del árbol, de la montaña, del crepúsculo.

Kempis: así buscamos a Dios.

ANGEL CRUCHAGA SANTA MARÍA.

Enero 1918.

## EL CREDO DE RODÍN

(Desprendido del libro en que Paul Gsell ha reunido sus conversaciones con Augusto Rodín).

Para Blanca Merino.

Por ley purificadora ineludible, será la cruz el símbolo moral inherente a los individuos de toda época. En efecto, ¿quién no arrastra la suya, cuando más no sea carecer de camisa, como el hombre de la fábula, o hallar en exceso cómodo el albergue en un tonel, como el filósofo de Sínope? Y esto, hasta la consumación de los siglos.

Y si la actividad intelectual hubiera también de simbolizarse en signo, no sería otro que el de interrogación, y uno formidable suspendido sobre nuestras cabezas, el apropiado a los días en que vivimos para pasar al examen de los futuros. Y no se nos miraría luego como inquietos injustificables, sino más bien como apuradores de las sorprendentes respuestas que estarán escuchando los hombres de entonces.

Las interrogaciones tenaces han prendido siempre en los artistas. Es por eso que toda alteración social—efecto no importa de qué causas,—ha despertado en músicos, pintores, escritores, estatuarios, sonora clarinada de antelación. Regístralo la

historia de edad en edad, y acaso nosotros hemos palpado el ejemplo más admirable: Leonardo de Vinci, que magnificó el Renacimiento en Italia habiendo sido precursor de ese mismo florecer espiritual, hinca cinco siglos adelante la videncia de su genio, y lega a los hermanos Wright y a Santos Dumont manuscritos ilustrados de su puño excelso, que proclaman su avidez por dominar el aire... Y, así, tanto caso, de cuya cita hago merced, para llegar presto a Augusto Rodín, quien creía, cual Dante a propósito de Virgilio, que el artista es para sus contemporáneos «su guía, su señor y su maestro».

Ya que tuvo la gloria de experimentarlo, hizo bien en darse el lujo de repetirlo, porque quizás si la naturaleza, al confiar a Rodín la resurrección del pasado arte por medio de un soplo modernísimo, soplo tal vez precursor que asegura a ese su arte extensa proyección vital hacia el futuro, quizás si lo comisionó también para arraigar apreciaciones que aun bambolean. Y obediente a su misión, habló.

Yo imagino que lo escucho: «sus ojos soñadores, medio cerrados habitualmente, se abren grandes y descubren pupilas de un azur muy claro; se mueve gravemente, lentamente; su barba le hace parecer un profeta de Miguel Angel»... Habla. Primero con referencia a los artistas, que, para él, son numerosos: «es artista—dice—el que hace con agrado lo que hace por haberse dedicado a ello voluntariamente». Seguid también vosotros escuchándolo. Piensa que si el hombre goza de las maravillas que a cada instante hallan sus ojos y su espíritu, marcha sobre la tierra como un Dios, porque ve claro en el universo y, al iluminarlo de conciencia, lo vuelve a crear; ingertados sus ojos en su corazón, lee el artista en el seno de la naturaleza y todo le parece hermoso porque descubre la verdad doble, es decir: la verdad de adentro traducida por la de afuera; «en el sufrimiento, en la muerte de seres amados y hasta en la traición de un amigo, encuentra el artista la trágica voluptuosidad de la admiración, y coge claramente de cuanto ve las intenciones del destino; marcha sin cesar en la luz de la verdad espiritual: *marcha sobre la tierra como un Dios*». Luego exclama: «¿Dónde encontrar un hombre más religioso que un artista?» Y expo-

ne en seguida qué entiende él por religión: «Otra cosa que el balbuceo de un credo. Es la adoración de la Fuerza ignorada que mantiene las leyes universales y que conserva los tipos de los seres; es la sospecha de todo lo que en la Naturaleza no cae sobre nuestros sentidos, de todo el inmenso dominio de las cosas que no son capaces de ver los ojos de nuestro cuerpo ni los de nuestro espíritu; es el fervor de nuestra conciencia hacia el infinito, hacia la eternidad, la ciencia y el amor sin límites, promesas tal vez ilusorias, pero que en la vida hacen palpar nuestro pensamiento como si se sintiera con alas».

La unción de que impregna cuanto dice ha de transfigurarlos; al «rostro vulgar de zapatero» que, irreverente, descubrió Soiza Reilly en Rodín, han de asomarse por «sus pupilas de un azur muy claro», Fidias, Miguel Angel, Houdon, que, avistando desde ellas la humanidad artística, hácenlo olvidar de que él es ellos mismos y lo incitan a que hable ingenuamente del estatuario: «El escultor hace acto de adoración cuando de cada ser desprende el tipo eterno, cuando en el seno mismo de la divinidad parece discernir los modelos según cuya copia son forjados todos los seres, y provoca en nosotros la misma emoción religiosa, pues nos comunica el calofrío que experimentó ante las verdades inmortales». Y pasa de ahí a personalizar. Evoca sus propias emociones. Primero, su compenetración con el ideal helénico, cuando sugestionado por Fidias y comenzando a vivir, ignoraba que algo pudiera turbar el primitivo equilibrio cósmico, indispensable a la impecabilidad del ritmo y de la línea; sus oscilaciones de en seguida, al sentirse subyugado por la grandeza austera de Miguel Angel; y su convencimiento de más tarde de que «el espíritu moderno trastorna y hiere todas las formas en que encarna», convencimiento de que arrancó la tortura del «Penseur».

Luego: su obra definitiva, ¿serán sólo crispaciones, desgarraduras, marchiteces, acaso máscaras viciosas o enfermizas? Nó; porque en el último tercio de su vida, dejando atrás, muy lejos en el huir del tiempo, los días dolorosos de lucha y de incompreensión, fué serenando reflexivamente su ansiedad cristiana ante el misterio y pasó a él como un viajero calmo. Alcanzó

a dominar sus dudas y sus inquietudes; alcanzó a escuchar respuesta a sus interrogaciones pasadas. Varias figuras del mundo que creó nos lo dicen a hurtadillas del «Penseur»: ahí están «La Ilusión» y «Lirio Tronchado», que, por hondas, por filosóficas y, sobre todo, por exquisitas, semejan poemas de Sully-Prudhome encajados en roca viva.

COEUR DE MOINEAU.

## ¿FILOSOFÍA?

Filosófico o artístico, todo es pensamiento. ¿Qué es pensamiento?—La relación.

La amplitud difusiva y la restricción analítica, aparente o diferente son sus direcciones.

El *yo* se construye por las más restringidas relaciones y por la memoria, que se apropia una historia individual.

Este comienza, en la serie zoológica inferior, por la simple relación del ambiente con el sujeto devorador.

En el último estado del hombre senil, el *yo* se borra nuevamente; sólo quedan lejanos recuerdos, de la infancia generalmente, y atribuidos a cualquier sujeto (1).

La memoria es más primitiva y más persistente que la facultad de relacionar acertadamente.

En los sueños y la locura las relaciones son libres, no sometidas a proceso lógico.

El artista no es un soñador ni un loco; pero tampoco es reducido el marco de su lógica. Generalmente lo abre por uno de sus costados para difundirse en esa dirección.

Guardando firme el marco lógico en el contorno suficiente para orientar el escape imaginativo en un solo rumbo, la obra de arte deleita sin fatiga, como si, de un recinto obscuro o pri-

---

(1) Estas investigaciones médico legales fueron comunicadas a la «Société Scientifique du Chili» con motivo de un estudio sobre la pérdida consciente de la personalidad.

sión, se abriera hacia el horizonte iluminado un gran portón.

Todo ese más allá del mar, de la luz, del espacio, que no pertenece a nadie y por donde se puede viajar, es igual al escape del pensamiento fuera de su prisión yoísta.

Paralelas con la densidad o ligereza del caparazón egoísta van las posibilidades descubridoras de lógica más amplias, de arcos de horizontes más luminosos.

La creencia de que el *yo* persiste fomenta el animalismo y ella, con el nombre de animismo, rigió entre los primitivos salvajes humanos.

La perfección de la Tierra fué saturarse de vida, como la de la Humanidad será saturarla de flúido intelectual.

El individuo no dura más que la chispa eléctrica, que es una, sólo mientras salta de un electrodo al opuesto, y en él se difunde lo mismo que la gota de lluvia en el mar.

El pensamiento infantil es objetivo, el baronil es subjetivo y el del anciano difusivo.

Este último es débil, casi ilógico en la apreciación actual; la obra mejor la han realizado los artistas al salir de la hombría y al empezar la vejez.

La obra infantil llega a tener mérito cuando es incisiva en el detalle; la del hombre cuando es firmemente concreta como su energía de carácter; y la del viejo, cuando es generosamente amplia y difusible (1).

Tiene su símil la primera, en la técnica, rama baja de la ciencia; la segunda, en lo práctico, rama útil, y la tercera, en la teoría, ciencia trascendente y persistente.

La teoría intangible se esparce como las ondas hertzianas y reperecute en las altas antenas; parece tener su foco en la incoherente y leve Francia.

Las últimas obras de los artistas octogenarios son revivencias juveniles, como el Falstaf de Verdi, aun en su glotonería.

El extremo opuesto, los petroglifos de la primitiva humanidad, también se refieren preferentemente a cacerías y banquetes.

---

(1) Ejemplo típico es la de don José Toribio Medina en Chile.

También esa humanidad entonces, obraba como el niño que interroga e interroga para establecer relaciones que precisen su yo y su conciencia, en medio de un ambiente misterioso todavía.

Por eso algunos petroglifos hablan de los cielos, los cataclismos, los países y las fuerzas deificadas.

Todo el pensamiento va del sujeto al ambiente y del ambiente al sujeto; se difunde y se concreta; se dilata o se restringe; sintetiza o analiza, converge o divide; lo mismo que el sempiterno vivir de los sistemas solares.

El Eter; la nébula; la esfera ígnea, líquida, concreta; muerta, disgregada, pulverizada. El Eter otra vez. La vida, el pensamiento y todo corre igual.

¿Qué fué el hombre y qué será después? Átomos y energías dispersas, concretadas un momento por relaciones de tiempo y espacio.

Las relaciones aferentes sintetizan y construyen, las diferentes pulverizan y dispersan. Son positivas unas y negativas las otras; lo positivo defiende la existencia del individuo y la perduración de la humanidad.

Las morales, por opuestas que aparezcan, tienen por fondo el instinto de conservación, en todos los grupos. Naturalmente conforme a cada uno de ellos y según el momento porque atraviesan.

Este es todo el moverse de la vida, y, sus trayectos reflejados en el espejo del pensamiento, son el plano de la batalla, donde el hombre traza relaciones y prevé resultados.

Los filósofos y los artistas son espejos reticulados unos, y convexos los otros. En ellos se miden o condensan las percepciones de la humanidad. Son los que tienen vigores para abrir el marco lógico local.

La facilidad es vecina de la inconsciencia. No hay que envidiar a nadie. Cada uno es como puede ser y está bien.

R. RENGIFO

## ANÉCDOTAS LITERARIAS

DUMAS

Si hubo un hombre alegre, un prodigio de franqueza y buen humor, fué el gigantón Alejandro Dumas, padre. Las anécdotas que de su vida se cuentan son innumerables, pero nos parecen dignas de especial recordación las siguientes:

---

Como alguien le dijera que Lamartine lo había llamado el rey de la *blague*.

—Si yo soy el rey, dijo, él es el ángel...

---

Madame de Bassaville cuenta que Adolfo Dumas dijo una vez delante de Alejandro:

—Más tarde se dirá que el siglo XIX tuvo sus dos Dumas, como el siglo XVII tuvo sus dos Corneille.

—Adiós, Tomás! respondió Alejandro tendiéndole la mano.  
(Es de advertir que de los dos Corneille, Pedro era el grande y Tomás, el nulo.)

---

Un empleado del Registro Civil inscribía uno de los numerosos productos destinados a propagar el tipo de los Dumas. Al hacerlo, preguntó a Alejandro, como era de ley, si reconocía al niño:

—Claro! reconozco al niño, exclamó; pero, ¡palabra de honor! me sería imposible reconocer a la mamá!

---

Dumas había almorzado en casa de un Ministro de Gobierno. Al volver, su secretario le preguntó cómo lo había pasado:

—Sin mí, contestó Dumas, me habría aburrido enormemente.

---

Dumas había tomado por esposa a Ida, actriz de la Puerta de San Martín. Vivían en la calle de Rivoli.

Una noche, invitado Dumas a las Tullerías, se viste elegantemente y sale como a las once, a pie. Llovía, pero las Tullerías estaban cerca.

Media hora después vuelve, se hace abrir las habitaciones de Ida, llega a su pieza y al ver que aun hay fuego en la chimenea dice a la que, después de ser su amiga, era su mujer:

He querido ir a pie hasta las Tullerías, pero me he mojado; no estoy presentable. Me quedaré aquí; tu tienes fuego... Trabajaré.

Ida insiste en que vaya; asegurándole que si se queda allí a trabajar no la dejará dormir.

Dumas se resiste, echa más leña al fuego, acerca una mesita y se pone a escribir.

Ida protesta, pero en silencio. La pluma del novelista corre sobre el papel. De repente, la puerta de una piececita de tocador se abre discretamente... y Roger de Beauvoir entra en escena. Dumas, sorprendido al pronto, toma un aire digno:

—¿Qué hace Ud. aquí? Ud. viene a perturbar la paz de un matrimonio.

Y sigue, improvisando un largo discurso de marido ofendido.

Roger, que había sido desde antes de Dumas amigo de Ida, escucha con calma y, por fin, contesta:

—Pardiez! Ud. llega aquí como una bomba, se instala con toda comodidad junto al fuego, manifiesta su intención de pasar la noche junto a la chimenea, mientras yo me hielo en una piececita que es un frigorífico... Esto no es soportable; no lo he podido sufrir, y heme aquí!

Dumas, siempre ofendido, responde:

—Muy bien, señor, nos explicaremos mañana por la mañana. Mientras tanto váyase.

—¡Es lo que quiero! exclama Roger, que se había acercado al fuego y se calentaba los pies ateridos.

Dumas recorre a grandes pasos la pieza: Ve, por entre las cortinas de las ventanas, los torrentes de agua que caen del cielo: es un diluvio, y dice a Roger:

—Con todo, yo no puedo arrojaros a la calle con esta lluvia!

Roger, después de haberse calentado el pie derecho, se calienta el izquierdo.

—Decididamente, grita Dumas, yo no puedo arrojaros de mi casa con este tiempo espantoso. Siéntese señor de Beauvoir Ud. pasará la noche en mi sillón, y nos explicaremos mañana.

Roger se instala en el sillón. Dumas apaga las bugías; invita a Ida y se retira a dormir. Pero una hora después, el fuego comienza a extinguirse y, por fin, se apaga. Roger principia a tiritar de nuevo. Dumas lo siente remover los tizones, buscar las últimas brasas...

—Este animal se va a resfriar, murmura entre dientes, y dirigiéndose a Roger, le dice que no quiere que se resfrie, que se acerque más, que se acueste junto a él y que se explicarán al otro día por la mañana.

Roger no espera que se le repita la invitación; se acerca a la pareja, y los tres bohemios duermen el sueño de la inocencia.

#### GOETHE Y EL INGLÉS

La primera vez que Judit Gautier fué visitada por Ricardo Wagner, el estupendo maestro le contó, entre algunas anécdotas de su vida, la siguiente del célebre poeta alemán:

—Goethe, le dijo Wagner, vivía verdaderamente asediado por los curiosos en su casa de Weimar.

Un día, impacientado por la insistencia de un inglés desconocido que quería verlo a toda costa, dió orden de dejarlo entrar.

El inglés entra, Goethe estaba de pie, en el medio de una gran sala, inmóvil, cruzados los brazos, fijos los ojos en el techo. Parecía una estatua.

El visitante se sorprendió, al principio, un poco, pero se dió cuenta luego de la situación, y, sin desconcertarse, se puso el monóculo, observó atentamente al poeta por todas partes, dando una vuelta completa en torno de él, y salió sin decir una palabra.

#### GAMBETTA Y CLEMENCEAU

Cuando contaron a Noriac el duelo de Gambetta con Clemenceau, en el cual cambiaron, sin resultado, dos balas,

—¿Las balas eran del mismo calibre?—preguntó Noriac.

—Sí.

—¿Del mismo metal?

—Sí.

—¿Del mismo peso?

—Sí.

—Entonces ¿por qué las cambiaron?

#### RODIN

Rodín trabajaba en una serie de figuras, nueve mujeres en yeso, en diversas actitudes.

Un crítico influyente llega al taller del escultor y se detiene, asombrado, ante las figuras.

—¡Oh, maestro! exclama, ¡admirable! ¡sublime! ¿Cómo las llama Ud.?

—A la verdad, contesta Rodin, no sé; no he pensado todavía.

—Sin embargo, el nombre salta a los labios. Llamadlas «Las Nueve Musas».

A poco, Rodin recibe a un rico americano, quien, entusiasmado, le compra dos figuras. Al ver las siete restantes, Rodin queda perplejo: No podía llamarlas ya las nueve musas. Entonces se acordó del crítico y le pidió consejo.

—¡Oh, querido maestro! la cosa es sencilla: llamadlas «Los Siete Pecados Capitales».

Pasó algún tiempo. Otro americano compró otras dos figuras, y Rodin, nuevamente aconsejado por el crítico, las convirtió en «Los Cinco Sentidos».

Después un nuevo americano compró otra figura y las cuatro restantes fueron bautizadas con el nombre de «Las Cuatro Estaciones».

La cuarta figura desapareció a su vez, y Rodin, siempre aconsejado por el crítico, les puso «Las Tres Gracias».

Por fin, otras dos figuras salen del taller del escultor, quien, tranquilamente y sin pedir esta vez consejo al crítico, puso en la base de la figura «Soledad».

#### HEREDIA Y MORÉAS

Leo Larguier, poeta, se dirigía a la casa de José María Heredia. En el camino encuentra a Moréas.

—¡Ah, Larguier! ¿Se pasea Ud.?

—Voy a ver a Heredia.

—¿Heredia?—pregunta Moréas. Es un poeta ¿no es cierto? Hace sonetos, (¡catorce versos!) ¡No deben hacerse catorce versos!

Larguier llega al Arsenal.

—Y bien, joven, le dice el autor de *Trofeos*, ¿qué hay de nuevo?

—No gran cosa, mi querido maestro. Acabo de ver a Moréas.

—¿Moréas? Es un poeta ¿no es cierto? Hace cuartetos... ¡cuatro versos! ¡No deben hacerse cuatro versos!

## VÍCTOR HUGO .

El ilustre poeta había sido invitado a comer con algunos de sus colegas del Senado, en casa de uno de esos ardientes republicanos llamados *los preciosos radicales*. La hora acostumbrada para sentarse a la mesa había pasado ya hacía rato, y, sin embargo, no se habían pronunciado las palabras sacramentales:

«La señora está servida.»

Uno de los invitados, el senador M. P., se acerca a la dueña de casa, que parecía preocupada:

—Perdón, señora, le dice sonriendo, ¿me habré equivocado? Me parecía que Ud. nos había invitado a comer...

La dama le contesta, al oído:

—¡Silencio! Hay un tropiezo: Íbamos a ser catorce en la mesa; pero, a última hora, Mr. Le Royer se ha excusado y he tenido que mandar a buscar quien lo reemplace, porque uno de nuestros convidados no se sentaría, por nada de este mundo, a la mesa, si fuéramos trece.

Un instante después, el senador M. P. conversaba con Víctor Hugo.

—¿Sabe Ud. por qué no comemos todavía? Y, a un signo negativo del poeta, agrega: porque hay aquí un imbécil que tiene miedo de sentarse a la mesa cuando los comensales son trece.

—Ese imbécil soy yo, rugió Hugo.

## CRÍTICA

BREVIARIO LÍRICO. — *Humberto Bórquez Solar*.— Santiago, 1917.— Uno de los pocos méritos que Max Nordau reconoce a los poetas decadentes es el tino o la gracia con que han titulado sus libros. Antes, las recopilaciones de versos se llamaban «Poesías», «Armonías», etc.; hoy tienen nombres sugestivos y hermosos, nombres que abren lejanías, desparrraman flores o sugieren estados morales que, a veces, distan mucho de los cantados por el poeta... El título de los libros de versos ha llegado a ser, así, una bella mentira más.

El de la obra del señor Bórquez, a pesar de las sospechas que despierta por su similitud con los que han tomado, sin estricta propiedad, su nombre de lo cultural o litúrgico,— «Ritos», «Prosas», «Salmos»,— está justificado por la unidad de tendencia de las composiciones que agrupa: «Oraciones», «Palabras Santas».

Es, en realidad, un breviario, pero laico, un libro que contiene los rezos no de todo el año únicamente, como el de los eclesiásticos, sino de todas las edades del hombre, y no de los dirigidos a una divinidad única, sino a la tierra, a la luz, a la verdad, a cuanto es digno de ser alabado por su bondad o belleza.

El libro empieza con un «Pórtico», cuatro páginas de prosa que son una declaración de los principios estéticos del poeta, y que nos parecen superfluas. Es peligroso para el escritor confesar su credo de belleza, porque puede sucederle, como ha

sucedido a tantos, que sus obras no encuadren bien en su fe, y además, porque todo credo se presta a réplicas, a refutaciones demoledoras que, en los libros de versos, turban la serenidad con que el espíritu del lector ha de oír los cantos del poeta.

Así, cuando el señor Bórquez dice: «El arte es el culto de la Belleza», negamos en silencio su afirmación, porque sabemos que se puede rendir culto a lo bello sin hacer obra de arte, como al admirar, por ejemplo, una estatua; y que, por lo demás, es vano el intento de definir en una frase lo que hasta hoy no ha podido ser definido, en forma concluyente y clara, por ningún libro.

El arte, como la poesía, no se puede definir con palabras sino con obras. Vale, más, para el caso, el «¡Poesía eres tú!» de Becquer, que el admirable ensayo de Leigh Hunt.

Pero si no aplaudimos al esteta, aplaudimos, y muy sinceramente, al poeta. El señor Bórquez es un espíritu sano, un corazón generoso. Escribe porque necesita expresar sus ansiedades morales, su amor al bien, a la verdad, a la justicia, a cuanto es luz y alegría. Tiene algo de Walt Whitman, no en la energía, ni el enmarañado agrupamiento de los versos, sino en el tono y en la tendencia de su poesía, enaltecedora tanto de las virtudes del espíritu, como de las bellezas de la tierra.

Los críticos que condenan un libro por sus incorrecciones lexicográficas o sintácticas, así sean tres o cuatro,

condenarían este breviario por sus descuidos métricos. Tal vez por el hábito de leer versos franceses modernos,—ni los clásicos ni el mismo Hugo usaron de esta libertad,—el señor Bórquez termina, a veces, el primer hemistiquio de sus alexandrinios españoles con una preposición monosilábica que, al unirse por sinalefa a la palabra que la precede, la alarga en forma irregular, destruyendo así la perfecta euritmia del verso. Pero esto, que es apenas un descuido o falta de exquisitez auditiva, no mengua el mérito de la obra del señor Bórquez.

La sinceridad y la dulzura de su voz lírica dan a casi todas sus composiciones un carácter de elevada enseñanza moral, algo que suele llegar a lo didáctico, pero que no las hace perder nada de la poesía que encierran, porque, además de su pureza, se nota en ellas un noble afán por ser claro y armonioso, lo que es mucho aquí, donde van dominando, por la comodidad de la factura, el verso libérrimo, y por sus apariencias de misticismo o de profundidad filosófica, el verso esotérico.

M. L. R.

MOTIVOS.—*Mariano Sarratea Prats*.—Linares 1917.

El señor Sarratea es un poeta delicado, que dice sus loas a la belleza, sus gratitudes y sus visiones con voz amargada por la experiencia de su corta vida. Desde el primer momento se advierte que su espíritu está herido de desengaños. Sus entusiasmos son melancólicos, carecen de la fe arrebatadora y ciega que anima generalmente a los jóvenes. Esto da a sus versos ese no sé qué de desconsolado que tienen las alegrías y las vehemencias de los que van descendiendo la colina de la vida; pero si no tienen ninguna de las sagradas exageraciones que brotan de los labios aromados de primavera, tienen, en cambio, acentos de verdadera tristeza y de dolores ciertos.

El señor Sarratea no finge. Dice lo que siente y quiere, como puede, con voz insegura, a veces, pero propia.

No imita ni actitudes ni acentos ajenos. Su misma falta de personalidad resulta así un mérito. Entre los célebres, parece decirnos el señor Sarratea, no soy nadie: mi arte es casi nullo, pero lo que digo, interesante o nó, es mío, vivido o imaginado por mí.

Por eso lo hemos leído con el agrado de quien oye las confidencias de un amigo, de alguien que se sienta a nuestro lado, nos mira con mirada clara y nos habla sencillamente, sin más preocupación que decir la verdad y de hacernos sentir toda su amargura. Y esto, que parece lo más sencillo, es sin embargo, el camino del arte verdadero. Cuando el estro del señor Sarratea se afine y adiestre, nos dará, de seguro, versos de mucho más valor que los que andan por ahí simulando, a orillas del Mapocho, las exquisiteces espirituales que florecen a las orillas del Sena...

M. L. R.

DESDE LO ALTO.—*Gustavo Balmaceda Valdés*.

Hace unos diez años, las buenas sociedades de la capital y la del vecino puerto de Valparaíso, se vieron conmovidas por un suceso que mucho tenía de idilio y no poco de drama en germen.

Era el caso de que el joven Gustavo Balmaceda Valdés, sobrino del presidente que lleva su apellido, se había enamorado perdidamente de una preciosa niña de Viña Mar, la señorita Teresa Wilms Montt. Todo el mundo siguió con ojos conmovidos u hostiles a la gentil pareja que paseó sus nostalgias y sus ilusiones por las playas del aristocrático balneario. Hubo oposición de parte de las familias de él y de ella. ¿Por qué? No sabría explicármelo: pero la verdad es que secuestraron a la niña y prohibieron al joven que pisara la casa de su amada. ¡Qué error de los padres! Era la época de los veinte años floridos, la época del romanticismo y de la ebullición ardiente de la sangre juvenil. Lo natural fué lo que ocurrió. Lejos de separarse, los

amantes se juraron eterno amor y persistieron en su propósito con tal empeño, que las familias hubieron de inclinar la cabeza y consentir en los desposorios.

Terminado el idilio, viene el comienzo del drama. Pasado los momentos de pasión y calmada la efervescencia de los primeros besos, vinieron las desavenencias entre los recién casados. Había incompatibilidad de caracteres. Él era un soñador empedernido que buscaba la tibieza del hogar, la ternura y el afecto íntimos. Ella era una cabecita loca, de ideas originales, corazón de bohemia que nada ahonda y pasa por la vida como un pajarillo hermoso que en ninguna rama se detiene. A las desavenencias siguieron los altercados y a estos los enfriamientos. Ella, intelectual empapada en teorías disolventes, ansiosa de escenario en donde exhibir su innata teatralidad, buscó, curiosa y alocada, sensaciones nuevas en el éter, la morfina y el amor. Llegó en este sentido a cometer absurdos y concluyó por realizar la falta que ningún hombre perdona. «Curiosidad, curiosidad, ley de la vida!», era su frase favorita. Sus extravagancias fueron poco a poco conocidas por el público. Se murmuraba de ella y se culpaba al marido de no refrenar a su mujer. Y cuando la falta aleve se cometió en un instante de locura, y cuando el marido, por una fatal casualidad, se dió cuenta del abominable delito, se levantó un clamor unánime en contra del marido a quien se le creía cómplice abominable y usufructuador de la perdición de su mujer. Y el pobre muchacho, aparte de ver destronada la felicidad de su hogar, supo un día que el mundo lo consideraba un criminal. Creyó volverse loco. Pensó en matar. Pensó en el suicidio. Pero vaciló un instante y esa vacilación fué su ruina. Lo envolvieron los suaves brazos de Dalila,—siempre hay Dalilas en este mundo,—perdió sus fuerzas y los enemigos lo encadenaron, lo lapidaron en vida con el formidable peso del desprecio. ¡La quería demasiado!

¡La quería demasiado! Ese es todo el delito de Gustavo Balmaceda. La perdonó; vivieron juntos de nuevo. Él esperaba una regeneración ¡qué sé yo! Pobre muchacho: estaba perdido. El mundo a una voz lo señaló como un caso de degeneración lamentable. Poco después, la joven de esta narración, sorprendida en nuevos delitos por su propio marido, fué recluída en una casa de corrección de donde su fugó para emprender el vuelo a países remotos.

Esa es la historia triste y desolada de Gustavo Balmaceda Valdés. Despreciado por la gente de su clase, vagó por las ciudades como un paria del sentimiento, sin honor, sin sonrisas paternales, orgulloso de su soledad, sintiendo por doquiera la viscosa sensación de la calumnia y de la injusticia.

Pero en un momento de energía y de lucidez Gustavo Balmaceda pensó en su apellido ilustre, en que tenía dos hijas, dos retoños de su alma a quien legar un recuerdo de pureza y de honradez, y, desencantado y altivo, escribió un libro admirable: *Desde lo Alto*.

En este libro escrito con lágrimas contenidas y con sangre de martirio, se expone en lógica irrefutable la vida del propio autor. Es una obra de vindicación. En nuestro país no hay tribunales que laven las injustas manchas de lodo que arroja el escándalo sobre los seres. No queda otro camino que matar a la manera primitiva o resignarse a la muerte moral. Gustavo Balmaceda ha dicho: ¡Nó! Y se sacudió el fardo oneroso con un violento y desesperado esfuerzo.

¿Merece vituperio el gesto de Gustavo Balmaceda? No falta quien así lo crea.

Pero nosotros le decimos: Gustavo Balmaceda: ¡Resurrexit! Una nueva vida comienza para ti. La luz se ha hecho; naces de nuevo para el mundo como hombre y como fuerza en el campo de las ideas y del arte. Porque eres un artista. El hombre que sabe arrancar fibras de su propio corazón con las tenazas de la sinceridad es siempre un artista.